

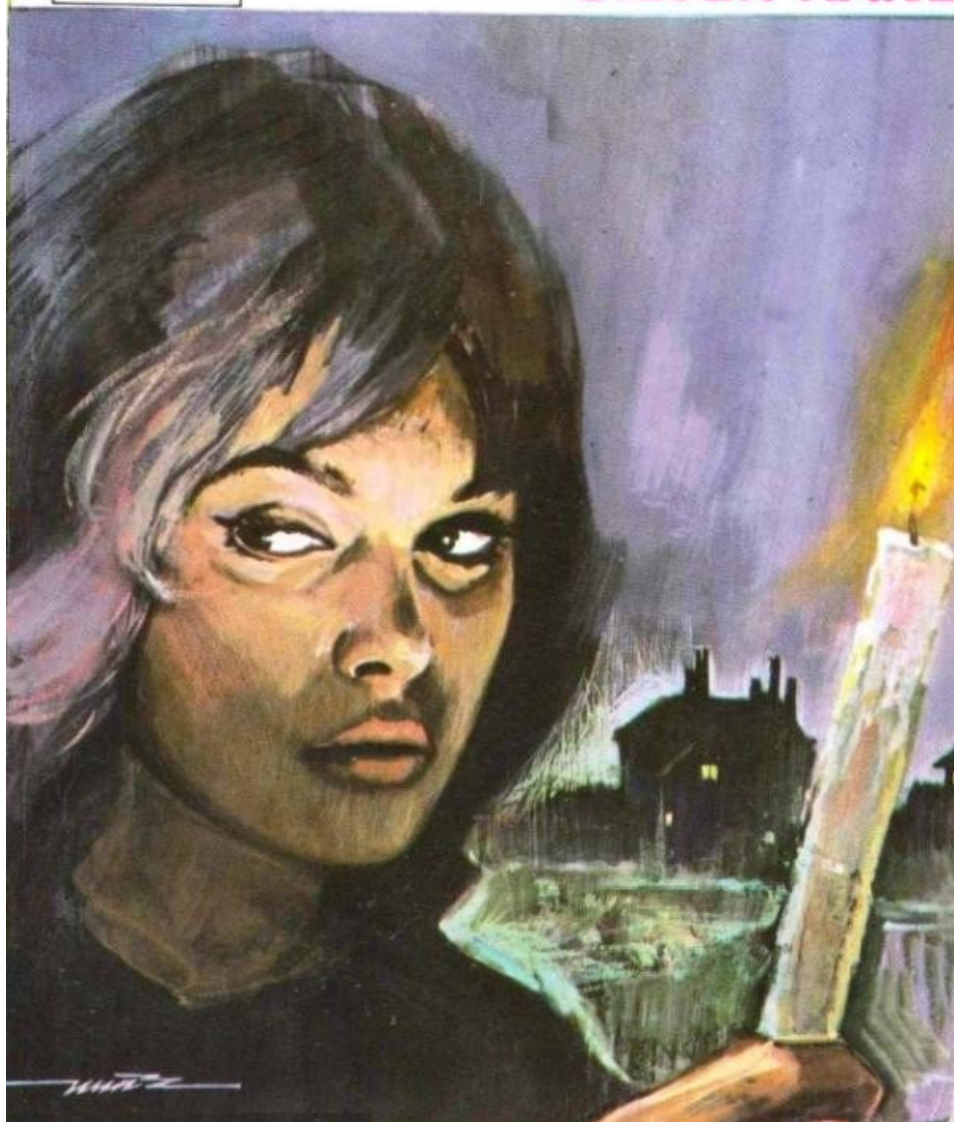
BOLSILIBROS BRUCUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

las sendas del infierno

SILVER KANE





SS **SERVICIO SECRETO**



SILVER KANE

LAS SENDAS DEL INFIERNO

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.131

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**

EDITORIAL FRUGUERA, S. A.

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS ·
MEXICO**

**ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN**

Depósito Legal B 4.785 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1972

© SILVER KANE - 1972

texto

© JORGE NUÑEZ -1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.266 — La mujer más bonita de Kansas.

En Colección SERVICIO SECRETO

1.117 — El planeta.

En Colección SALVAJE TEXAS:

738 — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO:

962 — Los fantasmas de Fort Madison.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

515 — La casa del eterno olvido.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

503 — Manchas de sangre en el cielo.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

119 — Mujeres del Sur.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

63 — La colina del silencio.

CAPITULO PRIMERO

El disco de luz de la linterna se proyectó sobre los gastados peldaños en que terminaba la calle, ascendiendo hasta una especie de plazoleta donde los edificios en semicírculo cerraban el camino. El inspector Simmons pensó que en el viejo Soho ya no quedaban calles así. Aquélla era de las dos o tres que aún conservaban su viejo y siniestro sabor de principios de siglo.

Donovan, el policía más veterano de todos los que formaban la ronda empezó como siempre con su letanía de nostalgias.

—Antes esto era muy distinto, tanto que yo mismo no lo conozco. Yo sólo vi el Soho de verdad cuando empecé a hacer mis rondas de policía, hace treinta y cinco años. Entonces era un crío, mientras que ahora ya pienso en la jubilación, y en una taza de té caliente por las noches. ¡Diablos, que humedad hace aquí...! Bueno, a lo que iba. Antes todo esto estaba lleno de callejuelas donde uno se perdía. Era el viejo reino de Jack, *el Destripador*. Doblabas una esquina y ya te parecía que te habías metido en un laberinto. De vez en cuando, de uno de los estrechos portales, surgía una mano y...

Percy, el más joven del grupo, murmuró:

—¿Ya estás con tus historias? ¿Quieres callarte, Donovan?

—Diablos, yo sólo decía cómo era el Soho antes, no creo que sea un delito. Ahora todo ha cambiado; no hay más que restaurantes para turistas. Las bombas alemanas de los años cuarenta terminaron con las viejas calles y permitieron liquidar aquellos laberintos donde hasta los policías nos perdíamos. Ahora todo es menos emocionante. Ningún otro Jack *el Destripador* podría volver a surgir.

El inspector Patrick murmuró:

—Pues a otro Jack *el Destripador* estamos buscando. ¿Para qué crees que nos hemos metido por aquí?

Donovan susurró:

—No encontraréis nada.

Y de pronto él mismo fue quien bisbiseó:

—Dios santo...

En la esquina del callejón, empezaba una calle más ancha, y justamente allí había una tienda de confecciones baratas. El escaparate era amplio y en él había unas maniqués de tamaño natural, luciendo los últimos modelos. Pero una de aquellas maniqués estaba en una posición forzada absolutamente distinta de las otras.

Su cabeza se apoyaba en una de las paredes.

Y no sonreía.

Por el contrario, tenía la boca curvada en una espantosa mueca.

La luz casi irreal que llegaba del farol lejano, la partía en dos. Pero Donovan había visto lo suficiente para que sus facciones palidecieran y se le secara la lengua.

—Dios santo... —repitió.

—¿Qué pasa...?

—Allí...

Todos vieron entonces el falso maniquí, que realmente era una mujer de verdad. O lo había sido. De ella no se desprendía ni una gota de sangre, pero tenía la cabeza caída a un lado. Su cuello había sido roto, y llevaba posiblemente más de una hora muerta.

Era una visión espantosa.

El inspector Patrick murmuró:

—Creo que por desgracia hemos encontrado lo que veníamos buscando.

Se olvidaron por esta vez del mandamiento judicial que necesitaban para entrar en la tienda, y forzaron la puerta. El acceso al escaparate fue fácil. Vista de cerca, la expresión del rostro de la muerta era angustiosa.

Todos miraron a Donovan.

Donovan era el encargado del sector desde hacía muchos años. Conocía a todo el mundo.

—¿Quién es?

—Se llama Nancy... Era una dependienta de la casa.

—¿Cerraba ella el establecimiento?

—Sí. Ella tenía las llaves.

—Eso quiere decir que alguien que le merecía confianza entró a última hora y la liquidó, ¿no es cierto?

—Eso tuvo que ocurrir.

—La liquidó como a las otras, rompiéndole el cuello con seco movimiento. ¡Pero qué horrible maestría hace falta tener para eso! ¡Qué maestría y qué fuerza! Muchos de nuestros expertos en pelea cuerpo a cuerpo no lo sabrían hacer.

Donovan se encogió de hombros.

—Yo no creo lo que ustedes dicen.

—¿El qué?

—Que la autora de todo esto sea una mujer.

Nadie contestó a aquel comentario de Donovan. Patrick hizo un gesto de impotencia y buscó el teléfono.

Estaba detrás del mostrador, muy cerca de la caja.

Cuando tuvo el auricular en las manos, se dio cuenta de que hasta el número de Scotland Yard se le había olvidado.

Lanzó una maldición.

El superintendente Atkins llevaba tres meses metido hasta las orejas en aquel asunto. Tres meses durante los cuales se habían producido tres asesinatos, con una pasmosa regularidad, y todos, más o menos, en la zona del Soho donde acababa de producirse el último.

Aquella noche aún estaba despierto cuando le llamaron, dejó caer el cigarrillo el cual sostenía entre sus labios, lanzó una imprecación y pidió su coche para dirigirse al Soho.

Una hora después estaba de vuelta.

Parecía haber envejecido en aquel breve tiempo. Sus ojos estaban hundidos. Sus manos temblaban como las de un policía jubilado al que han dejado con media paga.

Inmediatamente reunió a todos aquellos de sus hombres que habían intervenido en el caso desde el principio. Todos ellos eran agentes veteranos, todos se habían quemado las pestañas a lo largo de su vida, resolviendo casos tan intrincados como aquél, o tan sencillos, porque Atkins insistía en que, en el fondo, el caso era sencillo. Lo único malo era que aún no habían podido echar el guante a la mujer que él sabía que era culpable.

Una vez reunidos sus hombres en la sala de conferencias, Atkins hizo proyectar en la pantalla las fotografías que ya habían sido obtenidas de la muchacha recién muerta.

—Observen los detalles —dijo—. El crimen se ha producido exactamente igual que los otros, por lo cual cabe atribuirlo a las mismas manos, la muchacha era una dependienta de confianza de la tienda en cuyo escaparate apareció asesinada. Hay que pensar que estaba a punto de cerrar cuando entró una persona que no le inspiró la menor desconfianza. Seguro que esa persona era una mujer. Otra muchacha, diría yo.

—¿Insiste en su teoría, señor?

—Estoy absolutamente seguro —dijo Atkins—. Realmente cada vez lo estoy más. El modo cómo se ha producido este último crimen, lo confirma.

Y pasó a proyectar otra fotografía, la de un hombre de unos treinta años, con uniforme militar e insignias de teniente.

Había algo en la foto de aquel hombre —quizá el corte de pelo, ya anticuado, o el color desvaído de la imagen— que indicaba que aquella foto había sido obtenida varios decenios atrás.

Atkins explicó:

—Este es el teniente Ravenel, uno de nuestros mejores especialistas durante la Segunda Guerra Mundial. Especialista en fabricar muertos, quiero decir. Yo tuve el honor de estar a sus órdenes, aunque luego me licenciaron a causa de una fractura. Ravenel era el mejor profesor de comandos que existía en el país. Enseñaba a los hombres que habían de ser lanzados detrás de las líneas enemigas a matar con una leve torsión de cuello. La fuerza de sus manos era descomunal, pero su técnica también

resultaba impecable, esa era su gran especialidad. Al mismo tiempo resultaba un experto en el manejo del cuchillo.

Los hombres que estaban reunidos en silencio le escuchaban absortos.

Una neblina gris, espesa, que presagiaba el amanecer, flotaba ya sobre los tejados de Londres.

Atkins continuó:

—Ravenel actuó en misiones muy arriesgadas, pero tuvo la suerte de terminar la guerra vivo. Entonces se casó y tuvo una hija, poco antes de quedar viudo. Esa hija, que era toda su vida, se llamaba Bettina.

Encendió un cigarrillo con movimientos nerviosos y retiró la imagen de la pantalla mientras continuaba:

—Bettina nació en 1951. Ahora tiene, pues, veinte años. Cuando tenía ya quince, justo en 1965, fue ultrajada por un inmigrante turco. El agresor fue detenido y se le condenó a diez años de cárcel, pero Ravenel, que aún estaba en la plenitud de su fuerza, logró saltar sobre él cuando le conducían a la prisión, le sujetó el cuello y con dos rápidos movimientos se lo rompió. Fue el asesinato más rápido y espectacular que en los últimos años se ha producido en las islas. Estoy seguro de que todos ustedes lo recuerdan.

Los hombres asintieron en silencio.

Atkins continuó:

—Ravenel sufrió una condena de tres años, pero no pudo soportar aquel deshonor, aquella humillación, y murió poco después. Fue entonces cuando empezaron esos extraños crímenes.

Hizo una pausa y dio una larga chupada al cigarrillo antes de proseguir:

—No vamos a engañarnos ahora con falsas ilusiones —dijo—. Resulta lastimoso tener que acusar a la hija de un héroe, pero yo he sostenido siempre la teoría de que la culpable era Bettina Ravenel. Su mente, con todos aquellos sucesos, hubo de sufrir un golpe de muerte. No hay duda de que su padre le había enseñado la técnica de la defensa propia, la misma táctica que enseñó a tantos y tantos comandos. Lo que ocurrió fue que la muchacha no se atrevió a usarla mientras la ultrajaban. Yo sustenté la tesis de que siempre se arrepintió de eso. Y de que luego empezó a hacer uso de sus... digamos habilidades, la primera víctima a la que hallamos con el cuello roto fue un inmigrante de color, un jamaicano, que buscaba una mujer por el Soho. Aquel crimen quedó sin aclarar, pero yo he sostenido siempre que la culpable fue Bettina Ravenel. Luego cayeron las muchachas, una tras otra. Todas ellas eran chicas... digamos un poco ligeras. Chicas que o iban a casarse o habían tenido relaciones íntimas con inmigrantes de color. Y no se trataba de que la pobre Bettina Ravenel fuera racista. No... ¡Qué iba a serlo! Lo único que ocurría era que su pobre mente enferma aborrecía a todos los hombres de piel morena como el que

la había ultrajado, y aborrecía también a las mujeres que no dudaban en hacerles felices. Nos faltaba el informe de la asesinada en último lugar, pero creo que no habrá dudas. A ver, Joyce.

Joyce era uno de los policías del servicio de información.

Acababa de aparecer en la puerta.

Traía en las manos un papel que tendió a Atkins.

Atkins lo desdobló, lo leyó y volvió a doblarlo con una sonrisa cansada.

—La muchacha asesinada tenía relaciones con un médico indio que se estableció en Inglaterra hace año y medio —dijo—. Relaciones íntimas, ya me entienden. Hace media hora ese hombre ha sido detenido, pero no sabía nada de nada. Además, tenía una coartada perfecta: desde las nueve de la noche, el muy cerdo, había estado con otra mujer.

* * *

Ahora, en la pantalla, aparecía un plano a gran tamaño del llamado gran Londres, con casi quince millones de habitantes y su aglomeración de pequeñas ciudades que ahora ya eran barrios unidos por una intrincada red de autopistas, ferrocarriles y líneas del suburbano. Con un puntero, el superintendente Atkins fue señalando diversos puntos de aquella inmensa zona.

—Por supuesto, hemos perdido toda pista de Bettina Ravenel —dijo—. El empleo que tenía lo dejó. También dejó su domicilio fijo. Desde entonces ha llevado una vida errante que no nos permite localizarla de ningún modo.

—¿Y de qué vive? —preguntó uno de los policías.

Atkins envió al aire otra de sus sonrisas cansadas, otra de sus sonrisas sin ilusión.

—Una chica de veinte años y tan bonita como ella, tiene grandes posibilidades para ganarse unas libras cuando las necesite —dijo—. No creo que haga falta dar más explicaciones. Esa sombría necesidad de entregarse a otros hombres de vez en cuando, supongo que no hace más que alimentar su odio. Por supuesto, al ser menor de edad, la policía la habrá detenido alguna vez.

—Entonces, ¿cómo es que no la tenemos controlada?

—Por la sencilla razón de que tiene documentación falsa. No les descubro con eso ningún secreto. Hay organizaciones que facilitan documentos falsificados a las chicas menores para que puedan moverse en los ambientes más sórdidos sin que la policía las moleste. Entre las docenas de chicas que cada día controlamos, puede estar Bettina Ravenel, pero no tenemos ninguna seguridad al respecto.

—¿Y fotografías? —preguntó otro de los policías—. ¿No tenemos?

—Las destruyó todas al marchar de su casa —murmuró Atkins—.

Absolutamente todas.

—Pero hay controles oficiales..., ¿esa chica ni había obtenido pasaporte?

—No.

—¿Y su certificado de estudios? Estará archivado y tiene que haber en él una fotografía.

—Naturalmente, pero es muy antigua. Nada obtendremos de una cara de cuando esa muchacha tenía doce años. Sólo nos puede servir como una lejana orientación.

—¿Y sus documentos de identidad? Seguro que hay fotografías registradas en algún centro oficial.

—Debía haber una, pero Bettina Ravenel consiguió hacerse con ella. No sé cómo engañó al funcionario encargado de eso, aunque lo imagino. De todos modos no hemos podido probar nada, y la foto ha desaparecido.

—Por consiguiente no sabemos cómo es esa muchacha...

—No, no lo sabemos.

Y volvió a señalar diversas zonas del gran Londres.

—Aquí hay diversos centros para la reeducación de jóvenes descarriadas —dijo—. Seguro que Bettina Ravenel ha pasado o pasará por alguno de ellos. Hay una parte que dependen de instituciones oficiales. Otros subsisten gracias al auxilio de personas particulares que dejaron su fortuna para que fuera empleada en ese fin moral. En total, hay catorce de esos centros en el área del gran Londres. Es una pista muy floja, pero una pista que al fin y al cabo tendremos que seguir. Destacaré hombres a cada uno de esos centros. No sé aún de qué modo, pero los destacaré. Y si Bettina Ravenel está en alguno de ellos juro que aparecerá, aunque sea con el cuello roto...

—O acuchillada —murmuró uno de los policías.

Atkins le miró con curiosidad.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—Por una sencilla razón. ¿No era su padre también un gran experto en peleas a cuchillo?

CAPITULO II

La muchacha había aparecido entre las hierbas, con la cabeza casi separada del tronco a causa de la atroz cuchillada. ¿Cómo fue antes de que aquello ocurriera, cómo tuvo la cara, cómo tuvo su hermoso cuello? Imposible saberlo. Su aspecto actual reflejaba sorpresa, un inmenso horror. Tenía la boca abierta, los labios exangües. Los ojos parecían salirse de las órbitas, en una última y desesperada mueca de espanto.

La señora Minton, la directora de la institución, musitó:

—Es..., es horrible.

—Tendremos que dar aviso a la policía —dijo Jack, el administrador general, que era quien la había descubierto.

—¿Cuánto tiempo cree que lleva muerta?

—Menos de media hora.

—Entonces avisaremos primero al señor Curtís. El es el responsable de esta institución. Quiero que lo sepa antes de que la policía intervenga. Será un escándalo..., un escándalo en el que prefiero no pensar.

Jack, que tenía sesenta años y creía haberlo visto ya todo en la vida, se estremeció.

—Se hará como usted quiera, señora Minton. ¿Le avisará usted misma?

—Sí, yo lo haré. Y sin pérdida de tiempo.

La señora Minton se alejó con un brusco revoloteo de su falda.

Jack le dirigió una mirada de soslayo, mientras apretaba los labios.

La señora Minton aún le gustaba, qué cuerno.

Lástima que no usara minifalda.

A sus cuarenta años aún tenía unas piernas sensacionales, unas piernas de campeonato.

La señora Minton se alejó.

Fue a su despacho, que estaba amueblado según una moda victoriana, una moda tan antigua que ya daba dolor de cabeza. Pero en aquella institución hacía falta que las cosas fueran así. A las chicas descarriadas que se encontraban en ella no se las podía reeducar en una sala «in» donde sonara música de los Beatles, por ejemplo.

Al menos eso era lo que creía Peter Curtís, el actual responsable de la institución.

Peter Curtís tenía treinta y seis años.

Se presentó muy poco después en Lapinke Manor, la institución de la cual era responsable por mandato testamentario de sus padres. Lapinke Manor ocupaba los mejores terrenos del gran Londres, en una magnífica curva del Támesis donde se hubiera podido crear un embarcadero, un club, un gran hotel, un soberbio casino... En fin, cualquier cosa de las que dan dinero en grande, Peter Curtís pensó eso una vez más, mientras se apeaba

de su lujoso «Rolls» modelo 70. Y una vez más pensó, como había pensado cien veces: «¡Al diablo!»

Sus padres, unos severísimos moralistas, le habían estropeado la vida, según él.

La mayor parte de su fortuna estaba inmovilizada en aquellos magníficos terrenos y en aquel gran edificio que sólo servía para reeducar a señoritas descarriadas que no se reeducaban. Pero, ¿qué iba a hacer? Si faltaba al mandato testamentario de sus padres, no cobraría ni un centavo más de aquella renta que le permitía vivir sin dar golpe.

Una vieja doncella le abrió la puerta obsequiosamente. Peter, vestido como un *gentleman*, pasó al despacho de la señora Minton, que estaba sentada ante su mesa.

Y qué manera de sentarse, la muy maldita...

¡Qué piernas tenía aún!

¡Qué curvas!

Ni las más experimentadas pupilas de Lapinke Manor, que habían alternado con los millonarios en los club semisecretos de Londres, sabían cruzar las piernas tan bien como ella.

Pero Peter Curtís le hizo un gesto para que cambiara de postura.

—No hace falta, muñeca.

Ella se bajó la falda con un gesto lleno de desdén y de indiferencia.

—Hace cinco años no pensaba así, Peter.

—Hace cinco años las cosas eran distintas.

—Entonces te gustaba, ¿no?. Y ahora piensas que ya he pasado esa curva en que las mujeres dejamos de ser interesantes.

—No, no se trata de eso. Es que...

—¿Crees que no lo sé? —preguntó ella con indiferencia.

—¿Saber? ¿Qué?

—Tus líos con algunas de las chicas que están aquí, con las más jovencitas. En las frecuentes visitas que haces para ver si todo está bien atendido. Lo primero que encuentran al tomar la curva de la carretera es tu «Rolls» último modelo. Naturalmente, ésas ya no vuelven a Lapinke Manor ni a ningún sitio semejante. Tú te encargas de que todo les salga bien a partir de entonces.

El parpadeó.

La verdad era que aquella condenada estaba sabiendo demasiadas cosas.

Pero la necesitaba, porque la señora Minton había sido impuesta por sus padres como directora de aquel centro de reeducación en el que habían invertido casi toda su fortuna. Y al principio había sido muy agradable «colaborar» con ella, que estaba llena de ansias secretas. Pero todas las mujeres acaban poniéndose pesadas un día u otro, hasta las más bonitas.

Peter Curtís murmuró:

—¿Me has llamado para eso?

—No. Esta vez se trata de algo mucho más serio.

—¿Qué...?

—Un crimen.

Peter Curtís sonrió con elegancia, mientras extraía de su pitillera de oro un cigarrillo perfumado.

—¿Qué es eso? ¿Otro de tus trucos?

—Ven.

Cuando Peter Curtís vio el cuerpo de la muchacha, que aún no había sido tocado, comprendió que aquello no era un truco. No. ¡Qué diablos! Sus facciones se volvieron de color ceniza. Pareció como si la tierra empezara a vacilar bajo sus pies.

La señora Minton le miraba fijamente.

Ella sí que pensaba que la turbación de Peter Curtís podía ser un truco.

Peter Curtís podía tener motivos suficientes —motivos muy importantes para haber cometido aquel crimen—. Y para cometer otros. Su supuesta turbación podía ser una pantalla tras la que pretender ocultarse.

Pero nada dijo.

Al fin Peter bisbiseó:

—Es increíble...

—Dices exactamente lo mismo que he pensado yo. Que es increíble. No se me ocurre otra cosa.

—¿Has avisado a la policía?

—No. Quería que primero lo vieses tú.

—Por..., ¿por qué?

—Por si querías tomar alguna medida especial.

—¿Hay... alguna razón para eso?

La señora Minton le miró significativamente.

—No, ninguna.

—Entonces avisa a la policía. Avísala cuanto antes, infiernos. Va a haber un escándalo de mil pares de narices cuando esto se sepa...

La señora Minton seguía mirándole significativamente.

—¿Y si se supiera lo nuestro, Peter?

—¿Por qué había de saberse?

—Por nada... Es sólo una idea que se me ha ocurrido de repente.

—Si lo que quieres es amenazarme para sacarme dinero, muñeca, te advierto que, a pesar del «Rolls», no tengo... o mejor dicho, me lo gasto todo en coches, para que mis viejos amigos me sigan viendo por encima de ellos. Pero no podría resistir una sangría, nena...

Ella entreabrió los labios mimosamente, olvidándose por unos momentos de que estaban ante una muerta.

—¿Alguna vez te he pedido dinero, Peter? Tú sabes bien qué es lo único que te pido...

Peter Curtís la enlazó por la cintura mientras se alejaba de allí, y dijo en un susurro, besándola en la nuca:

—Tú eres de las que no necesitan pedir.

El pequeño «Morris» se situó ante la puerta del vetusto, pero magnífico edificio, y de él descendió un hombre de unos cuarenta y cinco años alto, fuerte. Vestía con elegancia de los que siempre han usado lo mejor, además de saber cómo usarlo. Con él descendió una muchacha de unos diecisiete años. Era muy bonita y tenía en su cara una permanente expresión de desdén, de hastío, de asco. Miró la fachada del Lapinke Manor y escupió al aire. Su salivazo, que había sido digno de un camionero, dio de lleno en las narices de uno de los leones de piedra que jalonaban le entrada.

El hombre musitó:

—Al menos aquí podías haberte portado como una señorita, Cintia. Podías haberte portado como lo que no eres.

—Y si no soy una señorita, ¿para qué hacer la hipócrita? Sabes perfectamente el asco que me dan esas comedias de «las personas respetables».

—Cuando se tienen tus ideas, se acaba como tú estás acabando, Cintia.

Y la empujó con cierta rudeza para que avanzase hacia las solemnes escaleras que daban entrada a la casa.

En aquel momento, en la vieja torre el carillón dejaba oír las campanadas de las ocho de la tarde.

El hombre murmuró:

—No sé si nos recibirán. Me temo que hemos llegado con demasiado retraso...

En aquel momento, una matrona severamente vestida de gris se acercaba a ellos.

—¿Qué desea, señor?

—Quisiera ver a la señora Minton.

—Es algo tarde. No sé si podrá recibirle ya.

—Diga que soy el señor Norton. Le escribí hace una semana.

—Se lo diré. Por favor, entren.

Desde lo alto de las escaleras, antes de atravesar el umbral, Norton, el recién venido, admiró la cuenca del río y la perspectiva del soberbio parque.

Pensó lo mismo que muchas veces había pensado Peter Curtís.

¡Lo que valía aquello! ¡Cuánto dinero tirado en una institución que no producía más que gastos...

Pero desde allí divisó algo más, algo que no había visto cuando estaba al nivel del parque.

Un coche de la policía medio oculto en el follaje.

Y a unos cuantos hombres que se movían cerca de él. Uno de ellos nada menos que el superintendente Atkins.

Norton arqueó una ceja.

No entendía bien aquello.

Pero tuvo que distraer su atención para concentrarse en las señas que le hacía la matrona, la cual le estaba indicando que entrasen.

—La señora Minton ha dicho que les recibirá en seguida. Por favor, pasen.

La señora Minton no estaba sentada como cuando entró Peter Curtís un par de horas antes, ahora parecía de verdad una auténtica dama de la época victoriana. Con su falda bastante larga, su blusa, abrochada hasta el cuello, y su expresión austera, cualquiera hubiese dicho que era la imagen de la más severa, estricta e intachable moralidad.

Y en cierto modo lo era.

La señora Minton no consentía deslices a sus pupilas.

Sus asuntos con Peter Curtís, al fin y al cabo, eran otra cosa.

Saludó a Norton con un elegante gesto, permitiendo que él le besara la mano.

—Le esperaba, señor Norton. Por favor, siéntese. ¿Esta es Cintia, de la que usted me hablaba en su carta?

—En efecto, así es.

La señora Minton la examinó de pies a cabeza con una mirada relampagueante. No le pareció mal. Una chica bonita, llena de vitalidad, pero con el defecto de que rebosaba también vulgaridad por todos los poros de su piel.

—Ya sé que ésta es una institución benéfica y que acoge a muchachas algo descentradas —dijo Norton—. Funciona bajo supervisión de la policía y las acogidas aquí están en régimen de internado gratuito, hasta que se las concede de nuevo la libertad. Sé que esto se subvenciona con los fondos legados por una vieja y rica familia de Londres, los señores Curtís, ya difuntos.

—Cierto, así es.

Norton carraspeó.

—Bueno... También sé que excepcionalmente admiten alumnas de pago, en régimen especial. Chicas muy difíciles, diría yo. Como por ejemplo Cintia. ¿Para qué vamos a engañarnos? Ella es hija única de una de las más ricas damas de Londres. Y a los diecisiete años ha dado ya tantos escándalos que su madre está agotada, materialmente agotada. Lo ha probado todo, desde profesores particulares hasta detectives que la vigilasen. El último detective a quien se encargó ese trabajo dio de ellas unos informes estupendos, asegurando que se había convertido, pero luego nos enteramos de que ese detective se había transformado desde semanas antes en el último amiguito de Cintia. ¿Qué quiere que se haga con una

chica así? ¿Matarla? ¿O dejarla que siga por cualquier camino? Su madre no se resigna a eso.

La señora Minton volvió a dirigir a la pupila una relampagueante mirada.

—¿Y el padre...? —musitó.

—Fue un prodigioso militar. Usted debió conocerlo. Tenía el título de conde de Danchester y cuando murió había alcanzado el rango de general de Estado Mayor.

—En efecto, lo recuerdo.

—Su fortuna era muy notable, y su viuda disfruta de ella actualmente. Quiero con esto decir que podemos pagar puntualmente las tarifas que usted señale, señora Minton.

—Nuestras tarifas no son caprichosas, están reguladas por la autoridad y resultan muy módicas. Dos libras y media diarias todo comprendido, con habitación individual y enseñanza privada. Naturalmente, aquí no se comen caprichos. La educación empieza por el estómago. Pero podemos garantizarle que en un año estará corregida.

Norton sonrió aliviado.

—No sabe lo que eso significa para nosotros, señora Minton.

—Lo comprendo. Lo comprendo muy bien, en cuanto a su madre también, la condesa de Danchester. ¿Pero todo esto, qué significa para usted?

Norton sonrió confusamente.

—Bueno, yo soy el administrador general —dijo.

Cintia se revolvió furiosa.

—¿Por qué no le dices que eres algo más? Por qué no le explicas que mamá era veinte años más joven que papá y que ahora empieza a vivir «su» vida? ¿Por qué no le dices la verdad? ¡Hala, cuéntasela! ¡Dile que a partir de ahora ya no tendrás que entrar en el piso descalzo, para que yo no te oiga!

Norton enrojeció.

Sus puños se crisparon, como si fuera a golpear a la muchacha, pero al fin se contuvo haciendo un esfuerzo.

Sonrió pesadamente, mientras hacía un gesto de impotencia.

—Ya ve usted, señora Minton —dijo disculpándose—. Ya ve usted qué niña nos ha salido.

—Todas dicen estupideces parecidas —musitó la mujer con voz helada—. Todas acusan a su familia de cosas, como si fueran ellas las únicas culpables.

—Celebro que hable usted así, señora Minton, se nota que es una mujer que conoce el terreno que pisa.

—Llevo diez años aquí —murmuró ella—. Puede creer que he visto a chicas de todas clases.

Y escribió con letra rápida y elegante un recibo que pasó a través de la mesa.

—Es la primera mensualidad, señor Norton.

—Cuarenta y cinco libras... ¡Ejem! Claro que sí. Tome cincuenta, señora Minton. Le ruego dé alguna propina a los que descarguen las maletas que van en el coche.

—Lo haré.

Norton se puso en pie.

—Y ahora adiós, Cintia. Piensa que tu madre y yo hemos hecho lo más conveniente para ti.

Cintia hizo una cosa rara con la boca.

Norton se dio cuenta de que iba a escupir otra vez.

Y logró apartarse a tiempo, con lo que la muchacha desistió de su propósito.

La señora Minton, siempre con su expresión helada, hizo sonar un timbre. Otra matrona vestida de gris, y que tenía aspecto de campeona de lucha libre, entró en el despacho.

—Lleve al dormitorio número once a la señorita Cintia Danchester —dijo secamente—. Es una nueva alumna de pago. A partir de mañana se le informará de sus derechos y deberes y seguirá el régimen que está establecido en los reglamentos.

Cintia hizo un gesto de desprecio.

Y salió.

Norton, que había vuelto a suspirar con alivio, dijo mirando a través de la ventana:

—Por cierto, señora Minton. Me ha parecido ver antes ahí fuera un coche de la policía. Y también me ha parecido reconocer nada menos que al superintendente Atkins.

La señora Minton palideció un momento, como si aquellas palabras la hubieran sorprendido. Pero en seguida musitó, envolviendo al visitante en la mayor de sus sonrisas:

—Oh, no tiene nada de especial, señor Norton. Yo misma les llamo con frecuencia como una garantía más del establecimiento, para que se convenzan de que todo está en orden. Es una simple inspección rutinaria...

La «inspección rutinaria» se había transformado en una especie de orgía sangrienta cuando la señora Minton pudo volver al sitio donde estaban los policías. Había sangre por todas partes. En la hierba, sangre en las ramas de los árboles... El superintendente Atkins había hecho desbrozar una especie de camino, que era el que recorrió la muchacha cuando ya estaba herida de muerte. La señora Minton no se había fijado antes en él. Una verdadera senda sangrienta marcaba los pasos que dio la muchacha hasta llegar al sitio donde cayó muerta para siempre.

El superintendente murmuró:

—La acuchillaron allí, detrás de aquel árbol. Ella intentó llegar al camino principal, que va desde la reja exterior a la puerta de entrada a Lapinke Manor. Sin duda trataba de pedir auxilio, pero no lo consiguió. Cuando llegó aquí, había perdido tanta sangre que ya no podía dar un paso más.

Se puso mecánicamente un cigarrillo en los labios, pese a que no fumaba nunca estando de servicio, y continuó:

—Dígame cómo se llamaba la muchacha, señorita Minton.

—Elizabeth Barry.

—¿Por qué la trajeron aquí?

—Estaba por orden suya. Tenía sólo diecisiete años y la sorprendieron en un hotel de Brighton frecuentado por los millonarios. Teóricamente era camarera. Aquí llevaba unos seis meses y siempre había observado buena conducta.

—¿Alguna compañera la odiaba?

—No. Y, por favor, señor Atkins... jamás se había cometido un delito en Lapinke Manor. Deje de hacer preguntas estúpidas, como si alguien de aquí tuviera la culpa.

—El crimen se ha cometido aquí.

—Pero debió realizarlo alguien de fuera. Es imposible que una de esas pobres muchachas mate con tal saña. Lo único que desean es quedar en libertad. Jamás cometerían un crimen por el que pueden ir a la cárcel para toda la vida.

Atkins arrojó el cigarrillo, al darse cuenta de que fumaba en acto de servicio. Sus hombres fotografiaban todos los detalles, y los *flashes* iluminaban el anochecer.

—Va a hacer una cosa, señora Minton —dijo.

—¿Sí...?

—Quiero que me dé los nombres de todas las muchachas ingresadas.

—Pase.

Sólo dos muchachas habían ingresado en los últimos dos días. La teoría de Atkins era que Bettina Ravenel podía haber cometido su crimen y luego dejarse capturar por la policía en cualquier antro donde estuviera prohibida la entrada a las menores para asegurarse una coartada, confiando además que no la buscarían en un sitio así. De modo que Atkins puso la mayor atención en aquellas muchachas, cualquiera de las cuales podía ser la culpable. Además, por lo que vio, estaban en la edad que ahora debía tener Bettina Ravenel.

—Quiero ver sus documentaciones.

La señora Minton se las entregó.

—Las tengo yo archivadas y no les serán devueltas hasta que salgan. Aquí están.

Atkins echó un vistazo.

A la primera ojeada ya le pareció que no era falsa una, sino las dos.

¡Demonios de situación!

¡Bettina Ravenel podía ser una de aquellas muchachas...!

—¿Las tiene en el dormitorio colectivo? —murmuró.

—Sí. ¿Por qué?

—Sepárelas. Quiero que estén incomunicadas. Ah... Y no les permita salir bajo ningún concepto ni reunirse con las otras.

—Eso va contra los reglamentos...

—Sus reglamentos no significan nada al lado de lo que está sucediendo, señora Minton, y además no olvide que este establecimiento se halla bajo nuestro control, me quedo con las documentaciones para que sean examinadas por los expertos.

Y despidió con un gesto a las dos muchachas.

Estaban asustadas, o al menos lo parecía, eran novatas allí. Aquel caserón de los largos pasillos, de las vigilancias interminables, de los registros continuos y por cualquier motivo, les parecía el más sórdido y miserable que habían conocido jamás.

—Y no lo olvide, señora Minton: Aquí ni una chica se va a pintar los hocicos sin que yo lo sepa...

CAPITULO III

Al día siguiente llegaron cinco técnicos para reparar unas supuestas averías eléctricas. La verdad era que, la noche anterior, todo Lapinke Manor había quedado a oscuras durante tres horas, pero la señora Minton estaba perfectamente convencida de que la avería había sido provocada por los mismos hombres de Scotland Yard. Los técnicos lo removieron todo, se metieron en toda la casa y pasaron casi doce horas antes de que dieran su trabajo por resuelto, cuando se fueron, habían dejado media docena de cámaras de televisión instaladas en los lugares más inverosímiles. Trabajo que no era tan difícil si se tenía en cuenta que Lapinke Manor estaba lleno de recodos extraños, y que ellos habían estudiado antes concienzudamente los planos del edificio.

La furgoneta con la emisora móvil se situó en el cruce de caminos existente a dos millas de Lapinke Manor. Tres hombres se turnaban día y noche para ver lo que ocurría en la inmensa casa-prisión. Y la experiencia les demostró que les había caído en suerte un trabajo por el que hubiera podido pagarse una bonita fortuna.

Una de las cámaras estaba situada en el dormitorio principal, y la luz resultaba suficiente para que lo vieran todo con perfecta claridad. Aquello era el acabóse.

—Oye, tú, mira aquella...

—¿Se llamará Rossy Connor? —dijo uno de ellos, fijándose en las iniciales que ostentaba la bata que vestía una de las muchachas.

—¿O Rita Canova?

—¿O Romy Clinton?

—¿Y qué importa cómo se llame? ¡Lo más importante es que está para comérsela!

* * *

Se llamaba Romy Canova. Los policías que estaban viendo todo aquello se habían equivocado por muy poco.

Después de lavarse, y aprovechando los momentos de libertad que se les daba hasta el toque de silencio, la muchacha se dirigió a la biblioteca.

Teóricamente, leía todas las noches durante media hora, pero en realidad sólo leía cinco minutos. En la biblioteca no vigilaba nadie. Desde ella, Romy se deslizaba todas las noches hasta uno de los pasillos de servicio, subía por una escalera de caracol y llegaba a las buhardillas, eternamente hundidas en el silencio, la soledad y el polvo.

Allí, a la luz de una lámpara de petróleo, hacía durante unos diez minutos cada día algo que no le hubieran permitido hacer en ningún sitio

de Lapinke Manor.

Pintaba.

Había podido hacerse traer un caballete, un cuadro y pinceles dos semanas atrás, y lo había montado todo en la buhardilla norte, la más silenciosa y la más solitaria. Allí hubiera perdido fácilmente la noción del tiempo. Tenía que estar muy atenta, con todos los nervios tensos, para que no pasaran los minutos más allá de los cuales su ausencia sería descubierta.

La pintura siempre había sido la gran afición de Romy Canova.

Sin ella no hubiera podido soportar aquel encierro, aquella terrible reclusión.

Aquella noche, al entrar, llamó como otras veces:

—Mina..., Mina...

Mina era su mejor amiga; su única por decirlo así. La acompañaba todas las noches a la buhardilla, llegando por distinto camino. Sin Mina, aquel silencio y aquella soledad le hubiera dado miedo. Se le hubiesen hecho insoportables.

Pero aquella noche su amiga no contestó.

—Mina...

El silencio más absoluto la envolvía. La luz de la lámpara de petróleo recortaba un siniestro claroscuro de sombras. El cuadro estaba allí, como todas las noches, pero sus imágenes, sus relieves, le parecían desconocidos, como si no los hubiera creado ella misma.

—Mina...

Nadie le contestó.

Pero a Romy le pareció entonces oír un chasquido a su espalda.

Un chasquido muy leve.

Fue a volverse.

Aquella mano grande y ancha cayó de repente sobre su cara. Le tapó ansiosamente las narices, la boca...

* * *

Adela Minton, que en aquel momento ya no era la «señora» Minton, se reclinó en el largo diván Victoriano del despacho, mientras susurraba:

—Aquellos tipos de la Unión Hotelera, ¿te han hecho otra vez la oferta?

—Sí —dijo Peter Curtís con expresión plañidera—. Y la han elevado bastante. La han elevado hasta los dos millones de libras...

CAPITULO IV

Aquella mano, en contra de lo que esperaba Romy Canova, no la ahogó. Tampoco ocurrió nada más. Tampoco el cuchillo fue hacia su garganta, como ella al principio había temido.

Una voz musitó:

—Por favor, no grite, no trato de hacerle ningún año.

Romy tembló.

Era..., ¿era una voz de hombre!

La mano la soltó poco a poco.

Romy se volvió, con todos los nervios en tensión, sintiendo que un grito iba a estrangular su garganta.

Y de pronto aquel grito quedó anulado.

No le parecía que de aquel hombre joven, de cabellos rubios y ojos azules, de tez bastante pálida y cara que reflejaba sufrimientos, le pudiera venir ningún peligro.

Tenía el pecho vendado, y los vendajes estaban cubiertos de sangre.

También en su camisa había sangre coagulada. Y los labios le temblaban levemente, como si tuviera fiebre.

El joven musitó:

—Por favor... No trato de hacerle daño; no chille,

—¿Quién es usted?

—Me llamo Bruce.

—¿Cómo está aquí...?

—No he tenido otro sitio donde ocultarme. Y no crea que me ha sido fácil llegar hasta esta buhardilla. Pensé que desfallecería cien veces por el camino.

Romy no podía olvidar a la muchacha que había sido hallada un día antes con el cuello deshecho en los jardines de Lapinke Manor, aquel hombre le daba miedo, un miedo espantoso que no la dejaba respirar, pero al mismo tiempo, su instinto le decía que no tenía que temer nada de él, que aquel joven, al contrario, necesitaba ayuda.

—¿Cómo le han herido? —musitó.

El extrajo un periódico de uno de los bolsillos de su americana. Lo hizo con un gesto desmayado, sin fuerzas.

—Lo recogí en una papelería antes de llegar aquí —dijo—. El que lo compró acababa de tirarlo.

Romy leyó la plana por la cual estaba doblado. Era la de sucesos. El titular era bien expresivo:

«Intento de atraco, al Banco Colonial de Clarence Row. Uno de los asaltantes fue capturado y el otro resultó herido.»

A Romy se le cayó el periódico al suelo.

Balbució:

—Es usted...

—No se sorprenda tanto. A cualquiera le podía pasar.

—La gente cualquiera no asalta Bancos.

El hizo un gesto de impotencia, mientras se dejaba caer sobre un viejo diván que muchos años antes había sido una pieza de lujo.

—Por favor —balbució—, no estamos aquí para juzgarme. Todo lo que usted va a decirme, me lo he dicho yo mismo. Sólo necesito ayuda, una ayuda tan elemental que cualquier ser humano me la prestaría. Un poco de agua...

El miedo, que antes había subido por su columna vertebral, se iba disipando.

—¿Sabe que este establecimiento depende de la policía? —musitó.

—Tendría gracia que yo mismo me hubiera ido a meter en la boca del lobo. Sí, tendría gracia... ¿Pero qué hace aquí, si esto depende de la policía?

—Es un internado oficial para chicas descarriadas.

—Y usted es..., es...

Pero en seguida se arrepintió, porque aquel hombre necesitaba ayuda, no palabras. Hizo un gesto de decisión y dijo:

—Por lo menos agua puedo traerle. Hay un cuarto de baño aquí cerca. Ya no se usa, pero los grifos siguen funcionando. ¿Y comer? ¿Necesita comer también?

—Hace veinticuatro horas que no prueba bocado.

—Traerle un poco de comida será más difícil, pero lo intentaré. Quizá pueda escaparme esta noche del dormitorio e ir hasta la cocina. A partir de la una ya no vigila nadie.

—Es usted muy buena... No esperaba encontrar a una persona tan comprensiva, créame... Pero sé que acabará denunciándome.

Romy hizo un gesto de hastío.

—Los policías no son precisamente mis amigos —dijo ella.

—Ni los atracadores tampoco.

Romy no contestó.

Fue al cuarto de baño del que había hablado y que, en efecto, no estaba lejos, dejó correr el agua para que desapareciera su sabor a líquido estancado, tomó un vaso que aún estaba sobre una repisa, lo lavó y lo trajo en sus manos hasta la buhardilla, lleno de agua fresca.

Bruce sorbió ávidamente.

Tras hacerlo pareció más calmado. Con voz que era apenas un murmullo susurró:

—No se moleste por mí... Déjeme, trataré de huir esta misma noche.

—¿Huir adonde?

—No lo sé.

—No sea loco... Tiene que reponerse un poco o no llegará lejos. Aquí no le descubrirá nadie, y podrá descansar, intentaré traerle algo de comida. Mañana decidirá.

Y se alejó de allí, dejando el cuadro sin tocar y la lámpara de petróleo encendida.

Sabía que nadie más entraría allí.

Que nadie más estaba cerca.

¿Nadie?

¿Entonces por qué sintió aquellas manos en su cuello? ¿Por qué tuvo la sensación de que sus vértebras se resquebrajaban? ¿Por qué le pareció que el mundo entero (aquel mundo que hasta entonces le había sido tan hostil) daba vueltas en torno suyo?

CAPITULO V

Durante un trágico momento pensó que iba a morir.

Sus rodillas se doblaron mientras sus vértebras cervicales crujían mientras aquellos dedos apretaban sabiamente, el cerebro se le nublaba y los ojos se le salían de las órbitas.

Pero de pronto, con tanta violencia como había empezado, la presión cedió. Una mano la sostuvo por la espalda para que no cayera.

Los ojos de Romy fueron recobrando poco a poco la visión normal.

Balbució con asombro:

—Mina...

Mina se apoyó en la pared desmayadamente.

La luz de la luna, que entraba por una claraboya, partía fantasmalmente su cuerpo en dos. Sin embargo, Mina era bella, rabiosamente bella. La severa bata gris no quebraba la fantástica armonía de sus líneas. Sus labios rojos, pulposos, se movían agitadamente.

Romy balbució:

—Creí que... me matabas.

—Yo pensaba que eras otra persona.

—¿Quién te ha enseñado a hacer eso?

—¿El qué?

—Apretar un cuello humano de esa manera...

—Me lo enseñó una alumna de aquí.

—¿Quién?

—No puedo decirte su nombre.

—Por favor dímelo. ¡Di quién es! Tú misma no te das cuenta de la importancia que eso tiene!

Mina se encogió de hombros desmayadamente, parecía como si nada le interesase ya. Miró sus manos y dijo:

—Aunque te diera su nombre eso de nada serviría. No está aquí ya. En cambio hay otras cosas que tienen mayor importancia.

—¿Por ejemplo...?

—Subía como todas las noches, con un poco de retraso esta vez, cuando he visto que hablabas con un hombre. Incluso en el primer momento, al sujetarte por el cuello, creí que era él el que salía. ¿Quién es?

Romy se lo explicó en pocas palabras. No le omitió el detalle de que la policía buscaba a Bruce por haber asaltado un Banco.

—Vaya... Y un tipo cómo ese ha venido a refugiarse aquí...

—A mí no me parece peligroso. Es joven y atractivo. Más bien me da un poco de pena.

—¿Te das cuenta de que podría ser el asesino?

Romy palideció.

—Me parece que..., me parece que exageras. Yo no he pensado en eso.

—Quizá no te ha matado porque ahora se siente débil. Pero lo hará más adelante, cuando recobre las fuerzas.

—Desvarías...

—De acuerdo, puede ser joven y guapo. Pero si tú miras las fotografías de los asesinos poco antes de que los lleven al tribunal todos tienen unas caras de buenos chicos que conmueven. Seguro que no tenían la misma cara cuando se llevaron por delante a alguien... Debemos avisar a la policía. Debemos hacerlo inmediatamente.

—Pero eso significará que descubrirán nuestro escondite...

—Ese escondite podría ser tu tumba, Romy.

La muchacha palideció mortalmente.

Se daba cuenta de que si las mataban a Mina y a ella nadie —¡nadie durante largos años!—, las encontraría allí, hasta que fueran unas momias.

Aquel pensamiento la hizo estremecer.

Con voz ronca bisbiseó:

—Vamos.

Las dos muchachas llegaron en silencio al vestíbulo. Eran lo bastante listas para saber que el «portero» de noche que había entrado de servicio un día antes, era un policía tan grande como la estatua de Nelson. Y realmente no se equivocaban. El tipo escuchó su confesión llevándose de vez en cuando las manos a la boca, para disimular su asombro, como si no acabara de creerlo.

Al fin, Romy, que era la que había dado las explicaciones, pidió:

—Pero le impongo, para ayudarle, una condición. Sólo una, que ustedes podrán cumplir fácilmente.

—¿Qué condición?

—Deben ocultar antes el cuadro que yo estoy pintando allí. Y no revelar para nada que aquello nos sirve como escondite, si no es así, no le acompañaremos hasta el lugar donde se halla ese hombre.

«El portero» meditó unos momentos.

Luego hizo un gesto de decisión, indicó a las muchachas que esperasen y abrió la puerta.

Regresó cinco minutos después. Pero ahora iba acompañado de dos hombres uniformados que, como todos los policías ingleses, no llevaban armas. Aunque, a juzgar por su corpulencia, poca falta les hacía.

Romy recordó que Bruce estaba herido. Y no pudo dejar de pensar en lo que ocurriría si trataban de reducirle a puñetazos.

—Se lo suplico —musitó—, no empleen la violencia; estoy segura de que él se entregará.

—¿Lleva armas?

—No lo sé. Creo que no.

—Acompañeme. Al llegar a la puerta de la buhardilla usted se queda

fuera. Nosotros nos ocuparemos de lo demás.

—¿No emplearán la violencia?

Uno de los policías la miró con curiosidad.

—¿Tanto le preocupa ese hombre?

—No, pero es que se trata de un caso de conciencia. Está herido.

—No se preocupe de eso; nosotros sabremos cómo tratarle.

Mina se quedó abajo, con el «portero». Mientras tanto, en el silencio sobrecogedor del caserón, Romy Canova fue subiendo hasta la buhardilla con los dos policías. No hicieron el menor ruido; no encendieron tampoco ninguna luz, por si alguien les observaba, limitándose a andar a tientas por aquellos pasillos, que la muchacha conocía ya como la palma de su mano.

Al llegar a la puerta de la buhardilla, uno de los agentes bisbiseó:

—Usted permanezca aquí. No haga ningún ruido. Suceda lo que suceda, quede al margen del asunto. Nosotros nos ocuparemos de él. Tampoco diremos que lo han denunciado; será como si lo hubiésemos encontrado por casualidad.

Y los dos entraron en la buhardilla, donde aún brillaba quietamente la lámpara de petróleo. Romy quedó quieta, oyendo el compás de su propia respiración, sintiendo que el silencio la ahogaba.

¿Por qué no oía los rumores de la pelea? ¿Por qué no chillaba Bruce? ¿O por qué, al menos no protestaba?

Pero nada se oía.

Los minutos fueron desgranándose lentos, interminables.

A Romy le pareció que había transcurrido una eternidad cuando los dos agentes volvieron con las manos vacías. Les miró con una indecible sorpresa.

—¿Pero qué pasa? ¿No lo han encontrado?

Le dirigieron una mirada desdeñosa, como si pensarán que estaban ante una bromista.

—Otra vez podría costarle caro el burlarse de la policía —dijo el más alto de los dos—. Por si no lo sabía, le advierto que las leyes castigan las denuncias falsas.

Romy se llevó las manos a la boca.

—Pero..., ¡pero si estaba ahí!

—En el caso de que estuviera, cosa que dudamos, se habrá escapado.

—¡No hay otra salida!

—¿No la hay? ¿De veras?

—A no ser por las claraboyas... Pero estando herido no habrá podido saltar hasta ellas. Sólo un atleta con todas sus facultades intactas lo conseguiría. El no. El no podía apenas moverse.

Los dos policías seguían mirando desdeñosamente a la muchacha.

—Es que no hemos encontrado tampoco la menor mancha de sangre.

—Eso no tiene nada de extraño. Me fijé en que la sangre sobre sus

heridas ya estaba coagulada.

—Pues entonces se habrá convertido en el hombre invisible...

Y los dos se alejaron pasillo abajo, dejándola sola.

Romy sintió que la rodeaba la oscuridad.

Se sintió prisionera no sabía de qué, prisionera de su propio miedo, de sus propios pensamientos.

Le parecía que cada una de aquellas sombras era un ser vivo que avanzaba hacia ella. Le parecía que cada crujido de las antañonas puertas, de los vetustos muebles era el susurro de alguien que se le aproximaba por la espalda.

Recordó lo que se había dicho sobre el misterioso asesino del Soho de Londres.

Que era invisible.

Que los policías pasaban por su lado sin descubrirle, sin haberlo visto nunca.

La puerta se habría y se cerraba un poco; la puerta oscilaba lenta y sonoramente.

Ññññecccc..., ññññecccc...

La muchacha miraba obsesionada hacia el interior, donde aún brillaba la luz de petróleo.

Y el cuadro.

Todo estaba tan vacío como una tumba, tan vacío como si el extraño encuentro con Bruce no hubiera sido más que un sueño.

Romy tenía la boca espantosamente seca.

Le faltaba el aire.

¿Por qué no se había ido con los dos policías? ¿Por qué se había quedado allí? ¿Por qué había sido tan estúpida como para dejarse inmovilizar por su propio miedo?

Volvió a mirar hacia el interior.

Aquel silencio, aquella soledad la obsesionaban.

Entró poco a poco en la buhardilla.

La puerta crujió a su espalda como los huesos de un cadáver a los que sacan de su caja.

La luz era irreal, maciza.

Parecía como si llegase desde algún extraño lugar del otro mundo, desde algún punto que estaba más allá de las paredes y más allá de las sombras.

Romy, cuando llegó al centro del recinto, había tomado ya una decisión: se llevaría el cuadro y lo escondería en otro sitio. No volvería jamás a aquella buhardilla. No volvería a poner jamás los pies en aquella zona tenebrosa donde sólo parecían imperar el silencio y la muerte.

Tendió las manos hacia el cuadro.

Fue a plegar el caballete y a retirarlo.

Sus dedos rozaron la tela, todavía a medio pintar.

Y entonces sobre ella cayeron..., ¡sobre ella cayeron dos gotas de sangre...!

CAPITULO VI

La muchacha miró hacia arriba con ojos desencajados. Y entonces hubo de apartarse, con una felina agilidad, porque otra gota de sangre había estado a punto de caer sobre su cara.

No gritó porque hasta para eso le faltaron fuerzas.

Las rodillas se le doblaron.

Y estuvo a punto de caer, pero lo evitó su propio horror. Porque supo que si caía allí no se levantaría ya nunca.

Un resto de serenidad le permitió ver que la sangre resbalaba desde la claraboya del techo, que estaba mal encajada. Era sangre todavía caliente, sangre que se desprendía de una herida recién abierta.

Romy hizo esfuerzos terribles para respirar con serenidad, para alentarse a sí misma.

Seguro que era Bruce el que estaba arriba. Haciendo un esfuerzo terrible debía haber conseguido llegar hasta la claraboya, desapareciendo por ella y desorientando a los policías. Sí, eso tenía que ser, era la única explicación.

Con el esfuerzo, la herida de Bruce debía haberse abierto de nuevo, y desde el tejado se deslizaba la sangre a través de la claraboya.

La muchacha acercó una silla.

Quería decirle que no era culpa suya. Que había hecho caso del consejo de Mina en contra de su voluntad. Que había pedido a los policías que le trataran con cuidado. Que estaba arrepentida ya de haber hecho la denuncia.

Ayudaría a Bruce a salir de allí.

Volvería a curarle para que su herida no sangrase. No sería tan difícil conseguir desinfectantes y vendas. La enfermería y el botiquín estaban cerca.

Puso los pies sobre la silla se izó cuidadosamente y empujó la claraboya hacia arriba.

Tuvo en seguida una sensación muy extraña.

La de que aquella claraboya no se había abierto en muchos años...

Pero entonces, ¿por dónde había salido Bruce? Entonces, ¿de dónde venía aquella sangre?

La claraboya, por fin, cedió.

Romy Canova pudo sacar la cabeza poco a poco, dejando que la bañara la luz de la luna.

Y entonces la vio.

La vio mientras se desencajaban sus ojos, mientras su garganta se negaba a dejar pasar la voz, mientras los pulmones parecían vaciársele de repente de aire.

La chica estaba allí, junto a la claraboya, con la cabeza casi separada del tronco a causa de la atroz cuchillada,

Y en ese momento Romy sintió también el frío de la muerte en sus piernas.

Porque alguien abajo, en la buhardilla, acababa de poner las manos en ellas.

CAPITULO VII

Reclinada en el diván, mostrando descuidadamente sus hermosas piernas, Adela Minton se acababa de llenar una copa con un líquido de color ambarino que se preparaba ella misma. Era una mezcla que tranquilizaba sus nervios siempre cargados por la tensión de su cargo y por la incomprensión de los hombres.

Adela Minton estaba ya en esa edad en que los últimos ramalazos de la pasión destrozan la vida de una mujer. A veces comprendía muy bien a las pupilas de Lapinke Manor, las comprendía mejor de cuanto ellas hubieran podido imaginar.

Adela Minton necesitaba tener a un hombre junto a ella, pero ese hombre no podía ser un cualquiera. Ella era una mujer demasiado fina para aceptar la compañía del primero que la solicitase. El hombre que realmente le gustaba era Peter Curtís, pero Peter la engañaba con otra. Peter, que debió ser un placer para su vida, era en realidad uno de los suplicios más amargos con que se había tropezado.

Ahora mismo, ¿por qué la había dejado? ¿Por qué estaba tanto rato fuera del despacho?

En aquel momento Peter entró.

Dirigió una sonrisa a Adela Minton, se sirvió también una copita de aquel líquido ambarino y se sentó a su lado.

—¿Por qué me has dejado, Peter? ¿Dónde has estado tanto tiempo?

—Quería hacer una llamada telefónica importante, me dijeron que les llamase precisamente a esta hora.

—¿Y por qué no lo has hecho desde aquí?

—Verás... Era un asunto confidencial.

—¿Una chica?

—No, no...

—La semana pasada salió Mary. Yo sé que Mary era una de las que te gustaban. Seguro que la fuiste a buscar con tu «Rolls».

Peter tragó saliva bruscamente.

Porque, en efecto, él había ido a buscar a Mary con su «Rolls». Y porque sabía ya de ella muchas más cosas de las que Adela imaginaba.

Pero después de beber un sorbo lentamente, musitó:

—No, te aseguro que no era Mary.

—¿Ni ninguna otra?

—Ninguna otra.

—Pues me extrañan esas llamadas tan secretas, Peter. Unas llamadas que yo no puedo oír.

—Prefiero decirte la verdad, Adela.

—¿La has dicho alguna vez?

—A ti sí. Eran los de Hoteles Reunidos. Había acordado que les llamaría a esta hora para darles una respuesta.

—¿Y se la has dado...?

—No. ¿Qué iba a decirles? Trato de mantenerles con vagas promesas, pero la verdad es que todas mis gestiones van fracasando una a una. Llegará un momento en que se cansarán y retirarán su oferta.

Se sentó junto a la señora Minton, mientras jugueteaba con la copa entre sus dedos, todo aquel Peter Curtís optimista y juvenil que conquistaba a las mujeres como quería, se iba desmoronando por momentos. Una preocupación casi ansiosa le dominaba. Adela tuvo la sensación de que aquel hombre que tanto le gustaba se le iba de las manos, que se le estaba convirtiendo en un viejo.

Como si hablara consigo mismo, Peter bisbiseó:

—Tú sabes que en este parque y en este edificio, situados junto a una curva del río y tan cerca de Londres, podría edificarse el mejor complejo hotelero de Inglaterra. Por eso me hicieron varias ofertas, los de Hoteles Reunidos pagaban al principio ciento cincuenta millones de libras, y ahora doscientos millones. Es una fortuna tan fabulosa que ni por un momento vacilaría en vender. Pero me encuentro con el testamento de mis padres. Esto no puede venderse porque aquí ha de estar instalada una institución benéfica para..., ¡para todas esas malditas!

Había hablado con rencor, con odio, como si por primera vez todas aquellas chicas que tanto le gustaban fueran un obstáculo que conviniese eliminar.

—Maldita situación... —masculló—. Acudí al juez para que anulara el testamento, incluso perdiendo yo mi renta anual, pero no quiso. Me dijo que el que yo hiciera un magnífico negocio no era motivo para anular la última voluntad de mis padres y destruir una obra benéfica que estaba bajo la supervisión de la Corona. Entonces ofrecí instalar la misma obra en unos terrenos más baratos, ya que con lo que me daban habría margen suficiente para todos. Pero otro juez de más alta categoría aún, determinó que esas chicas no debían ser reeducadas en cualquier infecto suburbio industrial, desoyendo la última voluntad de los fundadores. ¡Dichosos fundadores! Mientras tanto los de Hoteles Reunidos me atosigan. Si yo no les doy una respuesta, retirarán su oferta. Hasta ahora he tratado de mantenerme optimista, Adela, pero estoy preocupado. Quizá no vuelva a tener otra oportunidad como ésta. Yo necesito dinero, mucho dinero, ya lo sabes. Me gusta vivir a lo grande. Y esos doscientos millones nos permitirían a ti y a mí vivir gloriosamente, Adela...

Lo dijo mirándola intensamente, porque necesitaba convertirla en su cómplice. En realidad Adela Minton no entraba en sus planes futuros, pero esa era una cuestión que se resolvería más adelante. Por el momento la necesitaba.

—Si tú hicieras un informe —musitó—. Un informe diciendo que esto no reúne condiciones y que hay que trasladarse...

En los ojos de la mujer apareció una expresión nostálgica, triste, desesperada casi.

Con un soplo de voz dijo:

—El informe lo estás haciendo ya, Peter... con esos crímenes.

—¿Qué tratas... de insinuar?

—No me gusta el sistema, en el fondo aprecio a esas chicas. Ellas no tienen la culpa de haber nacido en el seno de una sociedad injusta.

Peter Curtís apretó los puños. La copa cayó al suelo, haciéndose añicos con un tintineo casi metálico.

—Adela... ¡exijo que me expliques eso!

—Es muy sencillo —dijo ella, sonriendo tristemente—. La muerte de unas cuantas chicas decidirá a las autoridades a clausurar este centro mientras se realiza una investigación. Entonces tú podrás esgrimir fácilmente ante el juez el argumento de que la última voluntad de tus padres no puede ser respetada, puesto que la institución que ellos crearon ya no existe. No hay duda de que así podrás vender. ¿Pero no has ido demasiado lejos, Peter? ¿No crees que la vida de esas pobres muchachas es un precio demasiado alto?

El había palidecido.

Sus puños estaban apretados con tal fuerza que se marcaban rabiosamente sus nudillos blancos.

—Yo no he matado a ninguna de esas muchachas —balbució—. Nunca me hubiera atrevido a una cosa así.

—¿De verdad, Peter?

—¡Te exijo que calles!

Ella dejó la copa sobre una mesita. Su mirada no era horrorizada ni indignada; era simplemente triste.

—No tengas miedo. Sabes que puedes contar conmigo para eso y para todo. Parezco una mujer que sabe adonde va, pero en realidad me he convertido en tu esclava. No te denunciaré, Peter. Nunca haría nada contra ti.

Y le puso una mano en la nuca, atrayéndolo suavemente hacia su cuerpo.

Peter bisbiseó:

—Eres... eres una condenada bruja...

—Soy tu bruja, Peter. La que te acompañará allí donde vayas.

—Adela...

* * *

Los policías que estaban de servicio en la estación móvil de TV

(¡lástima que no tuvieran sonido!) ajustaron mejor la cámara para no perderse detalle.

En las buhardillas en cambio, no había instalado ningún sistema de televisión, y por tanto lo que ocurría allí no podía ser detectado por nadie. Las buhardillas eran como un mundo aparte dentro de Lapinke Manor. Muchas de las pupilas encerradas allí, ignoraban incluso su existencia. Los mismos policías que hicieron la instalación de TV, fingiendo reparar el tendido eléctrico, habían creído que la escalera de caracol terminaba en unas pequeñas habitaciones de servicio, cuando en realidad las buhardillas estaban aún más arriba.

Y ahora Romy, en aquel mundo hostil donde estaba terriblemente sola, sentía que unas manos se posaban en sus piernas y tiraban de ellas suavemente.

Antes de subir allí se había puesto una bata y se había quitado las medias. Por eso el frío de aquellas manos pasó directamente a su piel. Sintió que el horror paralizaba su garganta y resbaló poco a poco, incapaz de que sus rodillas la sostuvieran.

Todo el mundo se había nublado para ella.

Cayó pesadamente de la silla, chocando con las tablas del suelo, sabiendo que ya no volvería a ver la luz, sabiendo que estaba a merced del asesino y que aquello era el fin.

Supo entonces que el miedo es el más fuerte de los sentimientos humanos.

Que puede destrozar, paralizar por completo, dejándola a una como hipnotizada y a merced de sus enemigos.

Creyó que estaba viviendo un sueño cuando abrió los ojos y vio sobre ella el rostro de Bruce.

Bruce bisbiseó:

—Por favor... Por favor, ánimo. No te sucede nada, Romy..., ¡despierta!

Ella ladeó la cabeza.

Caso de no haberlo hecho, una gota de sangre hubiera caído desde la claraboya sobre su rostro.

Fue eso lo que despertó. La sensación de que estaba en un mundo de horror en el que no había lugar para las vacilaciones.

Se sentó en el suelo, aturdida.

Vio confusamente que la herida de Bruce no sangraba y que él estaba más tranquilo que antes.

Romy balbució:

—¿Cómo no te ha descubierto la policía?

—Me supe esconder bien. Estas buhardillas son muy grandes, y ellos las registraron con demasiada prisa. ¿Pero quién envió a aquellos dos agentes? ¿Quién?

—Fui... yo.

—¿Por qué?

—No me juzgues mal... Yo tenía miedo. Mi amiga Mina me aconsejó que te denunciara, eso no era difícil, porque en la casa hay policías por todas partes, aunque no se vean. Me dejé convencer, pero les pedí que te trataran bien, compréndelo, yo tenía miedo...

El curvó los labios en una sonrisa leve, casi imperceptible.

—Lo comprendo muy bien, muchacha. Tengo un aspecto que no tranquiliza a nadie.

La ayudó a ponerse en pie. No parecía guardarle ningún rencor. Hasta la hizo sentar con cuidado en un viejo diván, mientras él respiraba hondamente.

—Siento no tener un poco de licor para que bebas —dijo—. Ahora te haría falta.

—No te preocupes, estoy mejor. Lo que ahora ocurrirá es que... Es que descubrirán que faltó del dormitorio. Faltó yo y... y...

Miró angustiosamente hacia arriba.

Hacia la claraboya de la cual se deslizaban poco a poco las gotas de sangre.

—Bruce... —musitó—. Tú..., ¡tú has tenido que verlo todo...?

—No.

—¡Es imposible que no hayas visto nada!

—Lo único que noté fue un ruido en el tejado. Miré hace unos minutos desde la claraboya que hay al otro lado, y que es algo más baja que ésta, y la vi. A la chica acababan de degollarla. Pero no había ni rastro del monstruo que acababa de hacerlo.

Romy sentía que se le había contraído la garganta.

No podía apenas respirar.

Porque sabía que el monstruo... ¡tenía que ser el propio Bruce!

Las manos del hombre estaban muy cerca.

Eran unas manos duras, fuertes.

Unas manos hechas para matar...

Fue su instinto lo que la hizo dar aquel salto, aquel salto fabuloso del que normalmente nunca se hubiera creído capaz.

El diván cayó al suelo, mientras ella ganaba casi la puerta de la buhardilla. Patinó materialmente por las tablas cubiertas de polvo, mientras Bruce se arrojaba hacia ella.

Con las manos tendidas.

Con una expresión desconocida en los ojos.

Ella abrió la puerta.

Oía confusamente, lejanamente, su voz que sin embargo, estaba tan cerca.

—¡Romy! ¡Vuelve! ¡Vuelveee...!

La muchacha gateó hasta la escalera, de caracol. Se dejó rodar materialmente por ella. Sus sienes le zumbaban. Le quemaban los ojos.

Y se tapó los oídos para no oír aquella extraña, aquella lejana voz:

—¡Vuelve, Romy! ¡Vuelve! ¡Vuelveee...!

CAPITULO VIII

El superintendente Atkins dejó caer lentamente la sábana sobre el rostro del cadáver, con un gesto de desánimo que indicaba lo cerca que se sentía de la derrota.

Mientras tanto escuchaba aquella especie de letanía que iba desgranando el inspector Simmons.

—Todos los datos han sido obtenidos de los archivos de Scotland Yard, que como usted sabe son muy completos. La víctima se llamaba Natalie Binger, y vivía en Londres desde hace un año. Era hija de inmigrantes norteafricanos, puesto que sus padres habían vivido siempre en Sierra Leona, aunque conservaban la nacionalidad británica. Empezó a dedicarse a callejear por afán de lujo. Una detención a principios de 1969 por haberla encontrado en un club que frecuentaban algunas menores de Vida dudosa. Otra en agosto del mismo año por provocar a los transeúntes en pleno Picadilly Circus. Otra en setiembre, por haber alquilado con otra menor un piso donde recibían visitas. Fue entonces cuando las autoridades decidieron internarla por varios meses en el centro de reeducación de Lapinke Manor.

Atkins hizo un gesto de hastío mientras avanzaba hacia la puerta de la Morgue.

—Conozco la historia, Simmons, la triste historia de siempre. Esas chicas ven el último modelo del «Jaguar» y piensan. «¿Por qué no tenerlo?». Ven el anuncio de unas vacaciones en la Costa Azul, y piensan. «¿Por qué no pasarlas?». Siempre hay un viejo tripudo dispuesto a pagar la entrada de un coche y un pasaje para Niza. No sé quién es el verdadero culpable... Ya he llegado a no saber nada... Pero continúe, Simmons. ¿Qué edad tenía la chica?

—Diecisiete años:

—Hum...

—Parece que había ganado un concurso de belleza en el barrio de Chelsea. Estaba muy orgullosa de lo guapa que era.

—¿Qué pistas hay?

—Hemos registrado cuidadosamente el tejado donde apareció muerta. Se supone que Natalia llegó hasta allí porque alguien le prometió ayudarla a fugarse de Lapinke Manor. Ese alguien era, sin duda, el asesino. Desde el tejado se puede llegar fácilmente al otro lado de la tapia por medio de unas escaleras de urgencia.

—¿Cómo subió Natalia hasta allí?

—Debía conocer Lapinke Manor mejor que la señora Minton. Unas enredaderas gigantes llevan hasta el tejado desde las ventanas del dormitorio de las chicas:

—¿Huellas?

—Ninguna importante. Varias ramas de enredadera desgajadas, lo cual indica que la muchacha subió por donde le digo. Y en el tejado ya nada.

Como cayeron unas gotas poco antes de que subiéramos nosotros, las huellas debieron borrarse fácilmente.

—En aquella buhardilla que hay debajo, ¿encontraron a alguien?

—No. Aunque Romy Canova había denunciado la presencia de un hombre, no lo vimos por ninguna parte.

El inspector Atkins no insistió sobre ese punto, pero en cambio preguntó:

—La chica de que me habla, ¿no subía allí a pintar en secreto?

Simmons arqueó una ceja, como si la pregunta le hubiera pillado de sorpresa.

—Diablos —dijo—, es cierto.

—¿Y dónde está el caballete? Ella dijo en sus declaraciones que lo tenía allí. Y que descubrió el crimen porque sobre la tela cayó una gota de sangre.

—¡Cuerno, es cierto! ¡Pero el caballete no ha aparecido por ningún sitio! ¡Cuando nosotros registramos la buhardilla, ya no estaba allí!

Atkins rechinó los dientes.

—¿Y qué había pintado en él?

—No lo sé —dijo confusamente Simmons—. Pero la misma Romy nos lo explicará. Está en Lapinke Manor y puedo telefonarla.

—Hágalo.

Simmons empleó en la Morgue el teléfono reservado para uso de la policía y los jueces. No le fue difícil establecer comunicación con Lapinke Manor. Al cabo de unos minutos volvió.

—Dice que había pintado un paisaje. Un paisaje que ella imaginaba, y que nada tenía que ver con aquella maldita buhardilla.

—¿Quién pudo robarle la tela? ¿Sospecha de alguien?

—Dice que no, pero alguna de las pupilas pudo hacerlo. Unas cuantas conocían sus escapadas y le tenían envidia por haber conseguido un caballete y unos pinceles. Entre esas chicas hay algunas auténticas débiles mentales, no lo olvide. Puede que alguna haya robado el cuadro y los pinceles y lo guarde todo como un tesoro.

Atkins, mientras salían a la calle, encendió pensativamente un cigarrillo en tanto susurraba:

—Mientras en ese cuadro de pintura todavía fresca no dejara sus huellas alguien mucho más importante. Mientras no dejara sus huellas el asesino...

Priscille, de dieciséis años, era la más joven de las educandas de Lapinke Manor. Si estaba allí no era por culpa de su familia, ni a causa de un amor desdichado, como tantas otras, era por culpa de su pobre cerebro

enfermo. Priscille era lo que modernamente se llama una subnormal aunque una subnormal recuperable. Su más grave defecto consistía en la falta absoluta de voluntad. Era incapaz de resistir sus caprichos, sus deseos repentinos.

Si un hombre le gustaba demasiado eso le parecía lo más natural del mundo. Y lo malo era que en su vida habían existido un par de hombres lo bastante granujas para aprovecharse de esa circunstancia. Si quería robar algo, lo robaba. Si quería escaparse, se escapaba tranquilamente.

A la señora Minton le había dado ya muchas preocupaciones.

Pero a causa de su debilidad mental, Priscille no estaba sometida al mismo régimen que las otras. Gozaba de una cierta libertad y podía pasearse tranquilamente por el parque. Así no sentía tentaciones de huir. Se le dejaba leer libros a su gusto e incluso disponer de unos prismáticos de su propiedad con los cuales otear las ventanas y las copas de los árboles.

Y ahora Priscille lo estaba pasando en grande.

No sólo disponía de un caballete, unos pinceles y una tela, robado todo ello en la buhardilla, sino que además estaba haciendo un experimento pictórico que a ella le parecía sensacional. Sencillamente pintaba una parte del cuadro en perspectiva normal, y la otra parte a través de lo que veía con sus prismáticos.

Estos eran de gran alcance.

Le permitían distinguir detalles que de otro modo no hubiera distinguido jamás.

Y por eso, entre el follaje cercano a Lapinke Manor, descubrió aquel rostro. Empezaba ya a atardecer y la luz era incierta, pero lo vio con claridad. Era un rostro humano que ahora se ocultaba, que ahora aparecía y que desde luego estaba vigilando la casa.

Priscille lanzó una carcajada.

Aquello era lo que más le divertía. Pintar en secreto a alguien sin que éste lo sospechara.

De modo que ajustó bien los prismáticos y empezó a hacer con sus pinceles el trazado de aquel rostro.

No le salía nada mal.

Priscille tenía unas facultades artísticas innatas y que los otros no sospechaban siquiera.

Cuando terminó, ocultó el caballete y el lienzo entre el follaje, como había venido haciendo desde por la mañana, para que nadie lo descubriese. No imaginaba que había pintado el rostro de una de las personas más buscadas de Inglaterra.

El rostro de la persona culpable de varios asesinatos...

Y lo mejor era que ésta tampoco lo sabía.

Caso de tener Atkins un par de minutos aquella pintura, lo hubiese

comprendido todo inmediatamente.

Pero no la tendría nunca.

Peter Curtís susurró:

—Todo esto se ha llenado de policías, ¿sabes? Se ha puesto insoportable. Me interrogan, me acosan... Te juro que en cuanto pueda me marchó otra vez a Londres.

Adela Minton, que volvía a ser la «señora» Minton, le miró con aquella su expresión lejana e indescifrable.

—Lo malo para ti, Peter —dijo, es que a pesar del nuevo crimen no se deciden a cerrar esto.

—Déjate de tonterías. Yo no he dicho nunca que quisiera verlo cerrado. Lo dijiste tú.

La mujer sonrió enigmáticamente.

—Como quieras, Peter.

—Todo esto es insoportable. ¡No puedo más!

—¿Entonces por qué lo empezaste?

El la miró con rencor, casi con odio, mientras abría y cerraba los puños espasmódicamente.

—Vete al infierno, Adela... —bisbiseó.

—En todo caso nos iremos juntos, querido. No olvides que los dos estamos en la misma embarcación, aunque ésta naufrage.

El la miró con asombro y al mismo tiempo con ira, las manos le temblaban. Su frente se llenó de mil pequeñitas arruguitas que hasta entonces no había tenido nunca.

—¿Pero qué tratas de insinuar? —musitó—. ¿Qué yo he matado a ésas muchachas para que la policía cerrara esto y yo pudiera entonces venderlo?

—Justamente, querido.

El hizo un gesto de hastío, dejando de mirar a la mujer o dirigiéndose hacia la puerta.

—No estás diciendo más que estupideces, Adela. No puedo tomarte en serio.

—Ya te he dicho por qué te metiste en esto, Peter. Si la policía cierra Lapinke Manor, se hará imposible que esta casa cumpla el fin para el cual tus padres la fundaron. Y entonces. Y entonces no hay duda de que el juez autorizará la venta, porque nadie está obligado a respetar un testamento que contienen cláusulas imposibles de cumplir. Tú plan está bien pensado, Peter, y lo estás ejecutando perfectamente.

—Te has vuelto loca, Adela, por eso no quiero tomar en serio nada de lo que dices.

—Lo que pasa es que tratas de apartarme de tu plan. Ahora ves que las cosas marchan y quieres seguir tú solo. Pero no lo conseguirás, Peter, ya te

he dicho que tú y yo navegamos en el mismo barco. Si llegamos a puerto, tendremos que llegar juntos los dos.

Peter Curtís se acercó de pronto a ella.

Tuvo un gesto impulsivo, rabioso.

Alzó la mano derecha y la descargó con todas sus fuerzas sobre la cara de la mujer. Los labios de Adela Minton se tiñeron de sangre.

Pero no se defendió; no hizo tampoco ningún gesto agresivo. Lo único que dijo, fue:

—Puedes pegarme otra vez, Peter, mientras no te separes de mí. ¿Es qué no te das cuenta de que soy la única amiga que tienes? ¿Es que no te das cuenta de que yo te acompañaré hasta el fin?

Peter Curtís fue a golpearla otra vez, pero de pronto su mano bajó sin fuerzas. Inclínó la cabeza y sus labios se cerraron sobre las mejillas de la mujer, sobre su cuello, sobre su boca.

Los que estaban ahora ante las cámaras de televisión —y que lamentaban otra vez no tener sonido—, murmuraron mientras apuntaban la hora y los detalles de todo lo que veían.

—Diablo, ya están éstos dos otra vez. No se cansan nunca...

* * *

Las cámaras ocultas de TV registraron también aquella noche las habituales escenas en los lavabos, cuando la mayor parte de las alumnas se preparaban para irse a dormir. Los policías que vigilaban en la emisora móvil, ya las conocían a todas, y eso les tenía mareados.

Dentro de la furgoneta eran anotados cuidadosamente todos los movimientos de cada una, y en especial la hora en que se acostaban. Por lo general, las chicas que no se dirigían al dormitorio y se dedicaban a merodear por Lapinke Manor hasta el toque de silencio, caían pronto en el radio de acción de las otras cámaras, de modo que los policías podían seguirlas perfectamente.

Pero había algunas que se les escapaban.

Por ejemplo Priscille.

Priscille iba siempre a los lugares más insospechados, donde las cámaras no habían sido instaladas, aprovechando la relativa libertad de que gozaba, era incontrolable para los hombres de la emisora móvil, y aquella noche, por ejemplo, salió al jardín. No pasó por la portería, sino que salió por una de las ventanas, como había hecho tantas veces.

Priscille se dirigió a través del inmenso parque a oscuras, hasta el lugar donde había ocultado el cuadro aquella mañana.

Dejó el caballete, tomó la pintura y, con ella bajo el brazo, se dirigió al garaje. En el garaje había varios viejos coches pertenecientes a Lapinke Manor, y a aquella hora no los vigilaba nadie.

Priscille encontró allí a su amiga Celine, que estaba sentada como siempre en el interior de un antiguo «Singer».

—Hola, Celine.

—Sólo podré estar cinco minutos. Dentro de poco van a tocar silencio.

—¿Te han visto?

—No.

—¿Has conseguido las revistas? ¿Tienes aquella del desfile de modas?

—Sí, mira. Hay una colección completa de trajes de cóctel. No entiendo por qué no nos dejan tener revistas de éstas. No hay nada de malo...

—La señora Minton dice que eso es excitar la vanidad. Y que hemos de ser unas muchachas sencillas.

—La señora Minton ya podría tocarse las narices en lugar de decir tonterías. Y además mejor sería que predicara con el ejemplo. ¿Tú has visto la ropa interior que usa? Modestita, vamos. El otro día la vi en la lavandería. Ni la reina de Inglaterra.

Mientras ojeaba las revistas, ilusionándose con aquellos vestidos que no sabía cuándo podría volver a llevar, Priscille dejó el cuadro encima del diván delantero del «Singer».

Celine lo miró.

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo robé de la buhardilla.

—¿Pero tú sabes de quién es?

—A mí me parece que es de Romy.

—Entonces devuélveselo.

—No puedo. Ahora ya he pintado yo unas cosas. He pintado lo que veía con los prismáticos. Fíjate.

Celine miró el cuadro. En aquella pintura había algo de inquietante, de extraño, algo que llamaba la atención sin que se supiera bien por qué. Pero Celine no entendía de arte. Sólo llamó su atención la cara que se entreveía entre el follaje, y que estaba producida con notable fidelidad.

Pero apartó el cuadro al cabo de unos momentos.

A ella no le importaba.

¡Estaban cambiando tanto las cosas en Lapinke Manor!, hasta decían que a todas iban a ponerlas en libertad. Eso era lo que más importaba a Celine, que ya tenía grandes proyectos para cuando saliera.

—¿Qué has oído decir? —murmuró—. ¿Es cierto que cierran Lapinke Manor?

—No lo sé, pero todas lo comentan. Y el señor Peter Curtís está aquí a cada momento. Antes no venía tanto.

En aquel momento se oyeron cuatro timbrazos largos y seguidos que llegaban desde el edificio principal de Lapinke Manor.

Era el toque de silencio.

Celine se sobresaltó.

—Tengo que ir en seguida. Si no estoy en la cama dentro de dos minutos, son capaces de dejarme sin paseo una semana entera.

—¿Y las revistas? ¿Vas a poder esconderlas?

—Mételas debajo del diván del coche. Aquí no las verán. Mañana las sacaremos.

Y desapareció con agilidad de gacela, escabulléndose entre las sombras.

Apenas se había esfumado en dirección al edificio principal de Lapinke Manor, cuando una silueta se despegó de entre los coches.

Era una silueta ancha, maciza.

¿De hombre o de mujer?

Cualquiera hubiese dicho, viendo su corpulencia, que era una silueta de hombre.

Pero una mujer con unas ropas anchas también hubiera producido aquel mismo efecto. Cuando la silueta se despegó de los coches era imposible saber de quién se trataba. Poco a poco fue deslizándose hasta llegar en silencio al «Singer», donde Priscille aún estaba ojeando las revistas con cierta secreta ansiedad, en tanto soñaba despierta que podía comprarse todos aquellos vestidos, uno tras otro.

En el silencio casi espectral del garaje, no se oía más que el crujido de las hojas al ser pasadas por los dedos de la muchacha.

De pronto se oyó otro crujido distinto.

Priscille alzó la cabeza.

El rostro que había visto por la mañana a través de los prismáticos y que estaba reproducido en el cuadro.

Los ojos la miraban desde detrás del cristal alzado de la ventanilla. Unos labios se movían, como si hablasen, aunque Priscille no captaba ningún sonido.

No tuvo miedo.

Al fin y al cabo aquel rostro le era familiar, de modo que bajó el cristal, sin tener que abrir la puerta.

Sonrió de una forma dulce, ingenua. Priscille aún conservaba una inocencia que los otros habían perdido.

—Buenas noches —dijo.

Los labios sonrieron.

Una mano pasó por la ventanilla.

Era una mano abierta, casi blanda, que no parecía encerrar ningún peligro.

Priscille no retiró la cabeza.

¿Para qué?

Pero de pronto la mano la sujetó. Los dedos agarraron su nuca con una fuerza desconocida, casi frenética. La muchacha intentó lanzarse hacia atrás.

Ya no pudo.

La otra mano también había pasado hacia el interior. Y en los dedos de ésta brillaba la hoja del cuchillo.

Priscille no pudo lanzar un grito.

Cuando sus labios se abrían desesperadamente para chillar, la hoja de acero se clavó hasta el fondo de su garganta, segándola bruscamente.

Un chorro de sangre saltó hasta el parabrisas.

Otro empapó el vestido de Priscille, mientras se derramaba también por los asientos del coche.

Pero ni una gota de sangre tocó el cuadro. La pintura con aquel rostro siguió intacta.

Una mano empujó a Priscille, haciendo que su cuerpo se inclinara hacia la otra portezuela.

La misma mano tiró del cuadro, para sacarlo de allí.

El rostro pintado en él era una prueba concluyente.

Era una prueba definitiva que haría brillar los ojos de los hombres de Scotland Yard apenas le vieses.

Y en ese momento alguien entró en el garaje.

La silueta se agazapó.

Reconoció en seguida a la muchacha, era Celine había estado allí unos minutos antes, y ahora volvía, moviéndose entre la oscuridad con la seguridad del que conoce muy bien el terreno. Se dirigía hacia el «Singer» en línea recta.

La figura esperó, agazapada.

Celine abrió la portezuela.

—¡Priscille, las revistas! ¡He descubierto un escondite estupendo...!

De pronto su voz se quebró.

De pronto sus ojos se desencajaron de horror, de incredulidad, de asombro, mientras sus rodillas temblaban.

De pronto de su garganta escapó un gemido ronco, porque Celine no tuvo fuerzas ni para lanzar un verdadero grito.

La sombra apareció entonces a su espalda.

Parecía gigantesca, enorme.

En compensación con la frágil Celine, parecía una masa que fuera a aplastarla.

Celine se volvió. Y vio el rostro. ¡El mismo rostro que había visto pintado en el cuadro! ¡El rostro de..., de...!

No tuvo tiempo de seguir pensando.

El mismo cuchillo, todavía tinto en la sangre de Priscille fue otra vez en busca de una garganta tibia.

Pero Celine no estaba encajonada dentro del coche. No era tampoco una muchacha débil, como Priscille.

Logró saltar hacia atrás con una agilidad y una precisión que la asombraron a ella misma.

No había pensado ni siquiera en lo que tenía que hacer. Pero de pronto se encontró en el aire, mientras en el silencio del garaje se oía un sordo gruñido.

La silueta saltó también.

Celine chocó con otro de los vehículos, un *jeep* que se empleaba para traer provisiones. La silueta avanzó en zigzag, llevando por delante el puñal del que goteaba sangre.

El *jeep* estaba destrabado. Celine comprendió que allí tenía una oportunidad.

Lo empujó con todas sus fuerzas, y el *jeep* se deslizó hacia abajo por la rampa que llevaba a la puerta del garaje.

Estuvo a punto de arrollar a la silueta.

Esta saltó.

Aquella sólida mole pasó junto a ella, estando a punto de aplastarla contra la pared.

El *jeep* retumbó contra la pared y quedó frenado.

Celine comprendió que había perdido una gran oportunidad, pero aún podía confiar en sus piernas, saltó hacia la puerta. La visión del cuchillo que había degollado a Priscille le helaba la sangre de horror, pero al mismo tiempo le infundía nuevas fuerzas.

Estaba perdida si no conseguía ser más rápida.

Pensó gritar, pero nadie llegaría a tiempo desde Lapinke Manor para salvarla.

Lo importante era llegar hasta el edificio principal, donde había dos policías. Sólo le separaban unas cincuenta yardas de él. Podía hacerlas en unos saltos.

Sus pies brincaron ágilmente sobre la hierba.

Todas las luces de Lapinke Manor se habían apagado. Pero veía muy bien la puerta, que estaba solamente entornada, seguro que al menos un policía estaría tras ellas.

Le quedaban tan sólo por correr unas veinticinco yardas.

Veinte...

Y de pronto el cuchillo lanzado con maestría, surcó las sombras para llegar a la espalda de la muchacha.

Esta sintió como un golpe. Y sintió el frío llegando hasta sus huesos.

Cayó de bruces, con el cuchillo todavía clavado en la espalda, intentando arrastrarse sobre la hierba para llegar a la puerta de Lapinke Manor.

Pero la silueta ya estaba junto a ella.

Oyó la respiración jadeante a su espalda.

La respiración caliente.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Socorro...!

Creó que había gritado mucho. Le pareció imposible que su voz no se

hubiera oído desde todos los rincones de Lapinke Manor.

Pero en realidad no había producido más que un gorgoteo. La sangre ya escapaba por entre sus labios. Notó confusamente que la silueta se arrodillaba junto a ella.

Y supo lo que iba a suceder.

—No... —gimió—. Noooooo...

Fue curioso lo que ocurrió. El cuchillo no le había producido daño al clavarse. Y en cambio, al ser desclavado de un tirón, le produjo un dolor horrible.

Lentamente el cuchillo fue hacia su cuello. La silueta no se dio prisa, porque estaba en un lugar desde el que eran perfectamente invisibles. La hoja de acero desgarró también la garganta de Celine.

Y la hierba color esmeralda que rodeaba a Lapinke Manor se fue tiñendo de rojo...

Romy musitó:

—Te he estado buscando por todas partes. Ya desesperaba de encontrarte. ¿Cómo es que estás aquí?

Bruce, sentado en la hierba, con la espalda apoyada en el tronco de aquel árbol, la miraba quietamente. Parecía fatigado. Su pecho subía y bajaba al compás de una respiración irregular.

—No sabía dónde ocultarme —murmuró.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes mal?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Diría que estás muy fatigado. No sé explicarlo... Como si hubieses perseguido a alguien.

El sonrió, pero en sus labios no había la menor alegría.

Se encontraban a no demasiada distancia de Lapinke Manor y a no demasiada tampoco del garaje donde se guardaban los vehículos que estaban al servicio de la institución, el silencio que les rodeaba era casi total; sólo el rumor de las aguas del río lo cortaba con su invisible presencia.

—Repito que no sabía dónde ocultarme —murmuró Bruce—. Todo esto se está poniendo difícil. Hay policías por todas partes.

—Pero ahora podrías huir... Podrías alejarte de Lapinke Manor.

—¿Y qué? —dijo él con voz débil—. Todas las carreteras están vigiladas. ¿Crees que no he intentado salir de aquí? Pero apenas llegar al cruce de caminos te encuentras con coches patrulleros de la policía. No sé si me buscan a mí o están vigilando Lapinke Manor. Hay momentos en que ya no sé nada... También he visto algo que me ha llamado la atención poderosamente: una especie de emisora portátil de televisión. Se la reconoce fácilmente. Es una furgoneta que está a unas millas de aquí, muy bien camuflada en un cruce de caminos.

Romy palideció.

—¿Tú crees que...?

—Sí, yo creo que han instalado cámaras. Esa es la razón de que no me haya querido quedar en el edificio y haya preferido ocultarme aquí. Si paso por delante de una de esas cámaras y me filman, estoy perdido. Los policías me reconocerán inmediatamente, tienen mi fotografía y mis datos personales en todo los puestos de control.

Romy suspiró.

Y se dejó caer junto a él, en la hierba entre aquel silencio.

No sabía bien porque, pero se sentía muy calmada.

Como si no corriera ya ningún peligro. Como si la vida, la verdadera vida, empezase ahora.

Con voz cansada, Romy suspiró:

—Nunca había sentido tantos deseos de salir de aquí, Bruce.

—¿Cuánto te queda?

—Hum... Dos meses.

—¿Por qué te encerraron?

Ella le miró con una indefinible sonrisa en la que flotaba una sombra de tristeza.

—Tú debes creer que soy una golfa, ¿verdad, Bruce?

—¿Por qué había de creerlo?

—Porque todas aquí lo son. O casi todas.

—Esa no es cosa que me afecte.

—¿Ni siquiera si se refiere a mí? ¿Te importo yo lo mismo que las otras?

—Bueno... —dijo él—, yo siempre he pensado que en tu caso habían cometido un error.

—Lo cometieron.

—¿Por qué estás aquí?

—Pintaba el ambiente de un club nocturno cuando hicieron una redada. Allí había gente drogada, gente que fumaba grifa, gente de todas clases. Y muchas chicas también. Pero era un cuadro sensacional uno de esos cuadros que no se pintan más que una vez en la vida. Confiaba en él para abrirme camino y poder dar categoría a una exposición. La vida no es tan fácil, ¿sabes? Si en el mundo hay, por ejemplo, dos mil millones de libras esterlinas, somos mil millones los seres humanos que las queremos para nosotros. Yo confiaba mucho en ese cuadro, pero cuando lo estaba pintando entró la policía. Entre todas las chicas se me llevaron a mí también. Aunque no estaba fichada, pensaron que había tomado droga y por eso me trajeron a Lapinke Manor.

Miró al hombre, esperando ver qué reacción le había producido aquel relato.

Pero Bruce estaba quieto, extático, con los ojos perdidos y la mirada vacía.

—Claro —musitó ella—. Estoy diciendo tonterías. En el fondo, ¿a ti qué te importa si yo soy como las otras o no?

—Me importa mucho, Romy. Tú me has ayudado desde el primero momento. Tú eres la única persona en la que puedo confiar.

Romy musitó:

—Cuando salgas de este apuro, me olvidarás. Pero, en fin, no te lo reprocharé. Es ley de vida, mira, te he traído un poco de comida y algo de vino. No sabes lo difícil que es robar cosas de la cocina. Ahora estamos todas vigiladas.

Y le puso al alcance de la mano el pequeño paquete que traía. Bruce ni siquiera lo miró.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes peor? musitó Romy.

—No, no me siento peor... Pero es extraño lo que siento. Parece como si nada de lo que sucede me importa, no me importa que me persiga la policía, ni me importa estar aquí, es extraño, parece como si de repente hubiera pasado a vivir en otro planeta.

—Quizá es que te sientes muy débil —dijo ella con un gesto de preocupación. Ese es un síntoma que no suele fallar, los heridos, cuando están graves, acostumbran a sentir una gran indiferencia por todo.

El se encogió de hombros, mientras trataba de sonreír.

—No he perdido sangre —musitó—. Estoy bien.

—Pero debes comer algo.

—¿Te irás más tranquila si lo hago?

—Desde luego que sí.

Bruce destapó el paquete, donde había un par de bocadillos y media botella de vino.

—Lo del vino es un detalle importante —dijo—. En Inglaterra no lo suelen servir en las comidas. ¿Dónde lo has conseguido?

—En la cocina hay un pequeño barril. Lo guardan para las fiestas, pero yo he conseguido hacerme con un poco.

—Debes conocer muy bien Lapinke Manor...

—Como si hubiera nacido aquí. ¿Sabes una cosa, Bruce? conoces muy bien este sitio o acabas pudriéndote en cualquier rincón. Aquí hay que estar prevenida y saber de dónde te vendrán los golpes. No es que la señora Minton sea mala, pero está amargada. Las relaciones con Peter Curtís la llevan por mal camino.

Bruce hizo un leve gesto de sorpresa, mientras masticaba lentamente uno de los bocadillos.

—¿Quién es Peter Curtís?

—El dueño de todo esto. Lo que pasa es que sus padres le impusieron en el testamento la obligación de que dedicara Lapinke Manor a escuela benéfica.

—¿Y se ha hecho amigo de la señora Minton?

—Yo más bien diría que la señora Minton se ha hecho amiga suya. El es joven, bastante atractivo, aunque tiene cara dura impresionante. La señora Minton está enterada de todo y eso le hace sufrir mucho. No quiere que ese hombre se le escape de entre las manos.

Bruce bebió un sorbo de vino.

Ella le miró con una estrecha sonrisa en los labios, mientras Bruce comía, y así al terminar él, susurró:

—Estoy segura de que te sentirás mejor,

—Pues sí, es cierto.

—Debías estar muy débil. ¿Has tenido fiebre?

—Creo que no.

—¿Cuánto tiempo piensas que puedes permanecer aquí? ¿Sabes qué creo? Que corres un grave peligro. De la misma forma que te he encontrado yo, puede encontrarte la policía.

—Con la diferencia de que tú sabes que estoy en Lapinke Manor, pero la policía no.

La muchacha sonrió levemente.

Parecía sentirse bien así, con la mirada perdida en el vacío.

—¿Sabes? —murmuró—. Tú eres el único hombre con el que he hablado confiadamente en mucho tiempo. Quizá con nadie me había comportado como contigo. Me inspiras una especie de fe, y es realmente extraño porque tú podrías muy bien ser un asesino.

Bruce rio quedamente.

—¿Asesino yo? ¡Qué tontería! Las mujeres me gustan vivas, no muertas. Muy vivas, si puede ser.

Y atrajo hacia sí a Romy, que estaba sentada a su lado.

Ella no opuso resistencia.

Más bien «ayudó» un poquito.

De pronto se encontró encajada entre sus brazos, con los labios entreabiertos y unas ganas locas de que él la besara.

Sus bocas se unieron. Se unieron no una vez, sino varias. Sus vidas parecieron resurgir de nuevo como las de dos amantes que se reencuentran en una isla desierta, más allá del mundo.

Ella se dejaba besar.

¡Claro que se dejaba!

Pero su proximidad fue lo que le hizo notar aquel objeto extraño. Fue lo que hizo notar aquella especie de bulto que había debajo de la americana de Bruce.

No era el vendaje.

Era como si debajo de la americana llevase doblado un periódico o algo más grueso tal vez.

—¿Qué es eso? —musitó ella.

—El vendaje.

—Hum... Hace poco no hacía tanto bulto. ¿Qué llevas ahí escondido? ¿Tal vez un montón de cartas de otra mujer?

La muchacha estaba riendo. Hablaba en parte en broma, pero también en parte estaba muy interesada por lo que Bruce pudiera ocultar allí.

—No seas tonto —dijo—. Enséñamelo.

—¡Pero si no tengo nada que enseñarte!

—Lo que llevas ahí dentro.

—¿Por qué has de ser tan curiosa? No tiene ninguna importancia.

—Pero a mí me gustaría verlo.

Bruce fue a lanzar una carcajada, queriendo quitar importancia al asunto.

Pero de pronto aquella carcajada se cortó.

Sus labios quedaron rígidos, formando una mueca.

La muchacha había introducido la mano por debajo de la americana, con la rapidez y la habilidad de una auténtica carterista. Eso y la sorpresa hicieron que Bruce no pudiera evitarlo. La mano de Romy apareció llevando prendida entre sus dedos la tela de un cuadro.

Sus facciones se volvieron grises. Incluso en la penumbra se advirtió cómo palidecían mortalmente.

—Pero Bruce... —bisbiseó—. Este es el cuadro que yo estaba pintando en la buhardilla. ¿Cómo..., cómo lo tienes tú?

Fue el superintendente Atkins quien hizo que todas las luces disponibles se concentraran sobre los dos cadáveres. La cara de Atkins, que normalmente era impasible y que hubiera podido servir como ejemplo de la flemma británica, se había vuelto de un extraño color naranja. Sus ojos se abrían y cerraban, todos notaron que aquel hombre tranquilo, reflexivo, casi glacial, estaba a punto de estallar en un incontenible ataque de ira.

Todo lo que dijo fue:

—¡Y pensar que en Gran Bretaña han suprimido la pena de muerte!

En efecto, la visión de las dos muchachas asesinadas hacía añorar la acción justiciera del verdugo de Londres. Todos los policías que estaban allí, incluso los más experimentados, habían tenido que cerrar un momento los ojos.

Atkins miró a uno de ellos, el teniente Newcombe. Este era uno de los mejores especialistas en arma blanca con que se contaba en toda la policía metropolitana.

—¿Cuál es su impresión? —murmuró Atkins.

Newcombe examinó las heridas atentamente, durante largos minutos, entre un silencio expectante en el que sólo se oía el susurro casi angustioso de las respiraciones.

—Esto lo ha hecho una persona inexperta —decidió al fin.

Atkins arqueó una ceja.

—¿Por qué dice esa tontería, Newcombe?

—No es una tontería. Me baso en que junto al corte mortal de necesidad hay otro par de ellos menos profundos, que parecen indicar que el asesino hizo algún tanteo, o tuvo alguna vacilación, antes de lanzarse a fondo. De todos modos, las víctimas no tuvieron ninguna oportunidad de defenderse. Pero como experto le aseguro, señor Atkins, que estas cuchilladas no son ninguna obra maestra.

—No lo entiendo, Bettina Ravenel es una verdadera especialista en estrangulamientos y también en arma blanca.

—¿Y quién nos asegura que esto lo ha hecho Bettina Ravenel?

Atkins se puso maquinalmente un cigarrillo en los labios, pero luego lo retiró, como hacía siempre.

—No puede haber sido otra persona.

—¿Por qué?

—Sabemos que Bettina Ravenel está aquí —dijo Atkins—. Ahora ya estamos seguros, naturalmente, se halla en Lapinke Manor con otro nombre y documentación falsa, pero eso no es difícil de conseguir para una chica que se mueve en los ambientes en que se ha movido ella. ¡Todos los otros centros de esta clase han sido examinados escrupulosamente! ¡Y no

hay ninguna chica que pueda ser Bettina Ravenel! Ni por su estatura, ni por su edad, ni por las características físicas que de ella tenemos registradas. En cambio, aquí hay diez chicas que podrían serlo. Nada menos que diez.

—¿Quiere decir muchachas que corresponden a lo que sabemos de Bettina Ravenel?

—Exacto.

—¿Y puedo saber qué piensa hacer, señor? —preguntó Newcombe.

—Esas diez muchachas han de ser vigiladas cuidadosamente. En realidad ya lo están siendo. Pero necesitamos además estudiarlas a fondo. Estudiar hasta la composición química de sus cabellos, cualquier dato que nos sirva para identificar a Bettina Ravenel ha de ser estudiado hasta el fondo, porque no dudo que ella es la asesina.

—¿Y si no lo fuera? ¿Y si hubiera alguien más?

Atkins hizo un gesto de hastío.

—Bah... Para mí la cosa está bastante clara, se lo aseguro. Bettina Ravenel es la persona a la que necesitamos encontrar.

Mientras tanto los expertos de la policía estaba registrando los coches.

Unos examinaban la posible presencia de huellas. Otros de manchas de sangre que no hubieran sido vistas aún. Unos terceros fotografiaban aquello pulgada a pulgada. Por fin había algunos que buscaban objetos ocultos en el interior de los automóviles.

Fue uno de éstos el que hizo el hallazgo más sencillo y quizá más importante.

—Eh, señor... Mire.

Atkins Se acercó.

—¿Qué es esto?

—Unos pinceles y un pequeño estuche con pinturas. Y, además, por las huellas que hay en el polvo, yo diría que ha existido también una pintura debajo del asiento delantero del «Singer». Una pintura con su marco correspondiente. Claro que, si se la han llevado, el marco puede haberlo tirado luego en cualquier sitio, para enrollar la tela y ocultarlo mejor.

Atkins sacó un cigarrillo, pero esta vez ni siquiera llegó a llevárselo a la boca. Volvió a guardarlo otra vez con un gesto maquinal.

—¿Una pintura? —musitó—. ¡Qué extraño! Y una cosa tan tonta, ¿para qué podían quererla?

CAPITULO XII

Las manos de la muchacha temblaban. Soltó por un momento la pintura, como si ésta quemara en sus dedos, y luego la volvió a sujetar en el aire.

Bruce no se había movido.

Pero la miraba con ojos llameantes, con unos ojos extraños que a veces oscurecían como si pasara por delante de ellos un jirón de niebla.

—Esta es la pintura que yo tenía en la buhardilla —jadeó Romy—. Luego desapareció no sé cómo. Alguien me la debió quitar. ¿Cómo la has conseguido tú?

—Fui yo el que te la quité —mintió Bruce.

—¡No, eso no es posible!

—¿Por qué no?

—Me la tuvo que quitar Priscille.

—¡Qué tontería! ¿Por qué dices eso? ¿Y por qué Priscille justamente?

—Una pobre muchacha algo débil mental a la que por eso dan mayor libertad. Se mete en todas partes.

—¿Qué razón hay para que pienses en ella?

La muchacha tembló.

Todo su cuerpo sufrió una convulsión violenta, una convulsión casi brutal.

—¡Dios santo...! —balbució.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene ahora esa jaculatoria? Dime, ¿por qué has pensado en Priscille?

—Porque aquí están sus iniciales. Aquí, al pie del cuadro. Ella borró casi todo lo que yo había hecho y luego pintó encima. Es una composición en verdad extraña... Algunas cosas se ven en perspectiva normal y otras como si las hubiera divisado a través de unos prismáticos... Sobre todo esa cara... ¡Qué cara tan extraña! ¡Se parece a...!

De pronto se llevó las manos a la boca.

Miraba a Bruce con los ojos espantosamente abiertos.

El musitó:

—Romy...

Pero Romy ya había apretado los puños, sosteniendo entre ellos la pintura, y ya había echado a correr. Ya había echado a correr como una loca.

* * *

Al pasar por las cercanías del garaje vio que había bastantes policías lo mismo en el interior que fuera montando guardia. No es extraño, porque

desde un par de días atrás, en todo Lapinke Manor había policías ocultos. Pero comprendió que algo tenía que haber ocurrido, algo muy grave, puesto que ahora los hombres de Scotland Yard no trataban de ocultarse, como habían hecho antes.

Romy pensó en dirigirse a ellos y enseñar la pintura.

Algo le dijo que era eso justamente lo que estaban buscando.

Dio unos pasos hacia el garaje y en ese momento un hombre cubierto con una gabardina oscura brotó ante ella.

Parecía haber surgido de los arbustos que flanqueaban el camino. Su aparición tuvo algo de fantasmal. Romy lanzó un leve grito mientras la figura tendía un brazo hacia ella, cortándole el paso.

—¿Adonde vas?

—Quería ir a..., a...

—Nadie puede acercarse al garaje ahora. La policía está haciendo investigaciones importantes. Además, ¿no tendrías que estar ya tú dentro del edificio? ¿De dónde vienes?

Los labios de Romy temblaron.

Aquel policía resabiado la estaba tratando como si fuera una niña estúpida. ¿Qué se había creído...?

—Hala, lárgate —dijo el de la gabardina—. Si se enteran de que estás por aquí a estas horas, lo vas a pasar mal.

—¿No podría hablar con el jefe de todos los policías que están ahí dentro?

—Imposible, al superintendente Atkins no se le puede molestar ahora.

Romy se encogió de hombros.

—Bueno, peor para ellos.

Si tan insignificante la consideraban, no hablaría. No hablaría por lo menos aquella noche.

Claro que ella no sabía aún que dos muchachas más acababan de morir. De lo contrario nada la hubiese detenido.

Pero dio la espalda al policía —que debía haberse quedado muy convencido de haber cumplido con su deber— y se dirigió hacia el edificio principal de Lapinke Manor.

Conocía bastantes trucos para no pasar por la puerta.

Uno de ellos consistía en trepar hasta el primer piso por las enredaderas de la fachada. Además podía servirse de los soportes de una gruesa tubería que las enredaderas medio ocultaban, seguro que la señora Minton no conocía todos aquellos tejemanejes, porque de lo contrario ya hubiera hecho retirar las enredaderas y la tubería hacía tiempo.

La muchacha pudo al fin entrar en el dormitorio.

Todo estaba oscuro y en silencio.

Pero entre toda aquella oscuridad caliente que la rodeaba, un brazo desnudo vino a resbalar por sus hombros, mientras que una mano la

tapaba la boca.

Cosa que no pudo conseguir porque Romy ya la tenía tapada en parte. Romy sostenía entre los dientes —ya que había necesitado las manos para preparar— la tela de la pintura que durante tanto tiempo había sido suya.

Tuvo un estremecimiento al sentir aquel contacto.

Pero se tranquilizó en seguida al ver que se trataba de Mina, su mejor amiga.

Mina bisbiseó:

—Te he estado esperando.

—Gracias... He pasado un miedo horrible, ¿sabes? ¿Alguien me ha echado en falta? ¿Han hecho inspección en el dormitorio esta noche?

—No. ¿Dónde estabas?

—Con Bruce.

Mina, que estaba enterada de todos sus secretos, pequeños y grandes, suspiró.

—Algo ha ocurrido, ¿sabes?

—Sí. He visto a muchos policías en el garaje.

—¿Pero te has podido enterar de algo?

—No; no me han dejado acercarme.

Las dos hablaban en un susurro, mientras el silencio del dormitorio era roto de vez en cuando por un suspiro o también por los ronquidos extemporáneos de alguna de las alumnas.

—¿Quién te robó la pintura? —musitó Mina.

—Tuvo que ser Priscille.

—¿Priscille? ¿Sabes que ha desaparecido? ¿Y también ha desaparecido Celine. No están en el dormitorio.

—Es extraño. ¿Las buscará a ellas la policía?

—No lo sé.

Romy cambió dos veces la pintura de mano mientras susurraba:

—Mina, en esta pintura hay algo importante, muy importante.

—¿De qué se trata?

Romy fue a contestar, pero en ese momento oyeron unos pasos recios más allá de la puerta del dormitorio. Esa noche el turno de guardia le correspondía a la señorita Petterson, una celadora implacable. Lo menos pasaría tres revistas antes de que amaneciese.

Iba a entrar de un momento a otro. Ya giraba la llave en la cerradura.

Romy bisbiseó velozmente:

—Ya te lo explicaré. Pero ahora quiero pedirte un favor, ¿sabes? Sólo en ti puedo confiar porque tú eres mi mejor amiga.

—Dime lo que sea.

—Guarda la tela tú. Bruce sabe que la tengo yo... y no me fío. Prefiero que no me la encuentre si es que me busca por eso. Ojalá pierda por completo la pista.

—De acuerdo, Romy.

—Mañana hablaremos con más detalle. Y ahora..., ¡a la cama!

No podían perder ni un segundo, porque la señora Petterson ya estaba abriendo la puerta.

Saltaron como dos jóvenes gacelas y se metieron bajo las ropas. Cuando la celadora pasó su linterna por encima de las camas, ya no vio nada anormal.

Como si aquellas muchachas inocentes hubiesen estado durmiendo desde el día que nacieron...

* * *

La señora Minton no había podido dormir en toda la noche.

Sabía bien lo ocurrido. Sabía que dos nuevas víctimas acababan de engrosar el ya horripilante censo de asesinatos acaecidos en Lapinke Manor.

El superintendente Atkins la había despertado durante la noche.

—Señora Minton, he de darle una noticia muy grave.

—¿Qué sucede...?

—Nosotros hemos visto los cadáveres, pero aparte de eso la celadora de noche, la señorita Petterson, ha notado la falta de dos muchachas en el dormitorio. Lo ha notado cuando ya casi se retiraba, pues al principio no se había dado cuenta. Se trata de Priscille y Celine.

—¿Quiere decir que..., que han sido asesinadas?

—Desgraciadamente sí.

La señora Minton recordaba que había estado a punto de perder el conocimiento.

Y ahora parecían zumbiar otra vez en sus oídos las palabras del superintendente Atkins. Aquellas palabras frías, metálicas, que durante toda la noche le había producido, al recordarlas, un sinfín de crispaciones nerviosas.

—No debe decir nada a las muchachas, señora Minton. Nada absolutamente. Desde anoche ya he dado orden a mis agentes para que no permitan que ni una sola de ellas se acerque al garaje. Pero usted no debe permitirlo tampoco. Desde mañana estarán recluidas en el edificio principal de Lapinke Manor hasta nueva orden.

—¿Se da cuenta de..., de lo horrible que es todo esto?

—Claro que me doy cuenta, señora Minton. Pero no quiero que cunda un movimiento de pánico, y no quiero tampoco que la Prensa se entere. Hemos de ganar unas horas hasta la detención de la asesina.

—¿Asesina...?

—Estoy seguro de que se trata de Bettina Ravenel. Naturalmente está aquí con nombre supuesto y con documentación falsa. Como no tenemos

fotografías recientes, no podemos identificarla, pero disponemos de unas señas físicas bastante precisas, que nos permitirán localizarla en veinticuatro horas.

—¿De qué modo?

—Ocho de las chicas de Lapinke Manor corresponden más o menos a las señas que tenemos. Mañana, con cualquier pretexto, las examinaremos atentamente una por una. Pero mientras tanto haga lo posible por ocultarlo todo, señora Minton. Por favor, que no cunda el pánico, usted no sabe lo que eso significa para nosotros.

Esas palabras aún parecían resonar en el cerebro de la mujer cuando aquella mañana abrió la puerta de su dormitorio, para dirigirse al despacho.

Estaba algo más pálida, pero por lo demás se mostraba tan atractiva, tan fría y tan altiva como siempre.

Pensaba en Peter Curtís.

De modo que una asesina...

¡Qué bien había sabido combinar las cosas Peter! ¡Hasta qué extremos había llegado su sed de fortuna!

Pero de pronto la señora Minton se estremeció.

Tenía la sensación de que alguien acababa de pasar de lado a lado el pasillo penumbroso. Alguien que trataba de ocultarse.

¿Un policía?

Había policías por todas partes, ella lo sabía. Pero un agente de Scotland Yard no hubiera tenido por qué ocultarse así.

La mujer avanzó bruscamente, mientras doblaba el recodo del pasillo.

Y entonces lo vio.

El hombre en definitiva, no había tratado de ocultarse. Estaba allí esperando. En sus labios flotaba una débil sonrisa.

A la señora Minton le hizo parpadear la sorpresa.

—Señor Norton —dijo—. ¿Qué hace aquí?

El hombre abrió las manos en un gesto de disculpa.

—Quería verla.

—Pero estas horas no son horas de visita, señor Norton. Y además... perdone, pero he tenido la sensación de que usted trataba de ocultarse.

—Una sensación estúpida, señora Minton. Nunca trataría de ocultarme en un colegio que me cuesta mi buen dinero. Lo que ocurre es que me había perdido. Por eso he venido hacia este pasillo, hasta que a última hora la he visto a usted.

—¿Quién le ha autorizado la entrada?

—Pregunta usted más que la policía, señora Minton. Y eso que hay muchos policías por aquí.

Ella arqueó las cejas, recordando su última conversación con el superintendente, Atkins. Tenía que dar sensación de normalidad. Por eso

indicó a Norton, con un elegante gesto, que la siguiera.

—Por favor, vamos a mi despacho.

Cuando estuvieron sentados, ella cruzó las piernas. Relampaguearon los ojos del hombre. La señora Minton advirtió que, sin darse cuenta, había hecho una exhibición demasiado indiscreta. Pero con un levísimo ademán de indiferencia pensó: «¡Que disfrute!»

Pensaba que así causaba algún daño a Peter, del que se sentía definitivamente y terriblemente alejada.

Norton musitó:

—¿Quería saber cómo se comporta la alumna que traje el otro día.

—¿Qué alumna era?

—¡Por Dios! ¿Ya no lo recuerda? Y eso que no creo que tenga usted muchas chicas de paso aquí.

—Ah, sí... Perdone. Usted se está refiriendo a Cintia.

—Naturalmente.

—No entiendo cómo no lo he reconocido. Es que últimamente he estado tan atareada que...

—De eso quería hablarle, señora Minton.

—¿De eso...?

—He visto muchos policías por aquí. No dejan acercarse ni a los periodistas, algunos de los cuales ya husmean algo. ¿Qué ocurre verdaderamente en Lapinke Manor?

—No ocurre nada.

—Entonces..., ¿qué hace aquí medio Scotland Yard?

—Usted sabe que esto se halla bajo control policial. Nuestros estatutos lo exigen así. No es extraño que Scotland Yard haga revisiones de vez en cuando.

Norton sonrió, como disculpándose, parecía aturdido. Fue a encender un cigarrillo y de pronto lo apagó temiendo que a la señora Minton la molestara.

—Compréndalo —dijo—, yo soy responsable de la niña que traje.

—¿Hay algo entre su madre y usted?

—Pues... sí.

—Lo había imaginado desde el primer momento —dijo fríamente la señora Minton.

—Su madre y yo estamos casados ya en secreto —murmuró Norton apuradamente como si no le gustara hacer aquella confesión—. Pero Cintia no lo sabe aún. Si no fuera una chica tan difícil todo estaría arreglado, pero Cintia tiene un carácter que..., en fin ya la vio. Por poco me escupe en la cara.

—Ya lo noté, señor Norton. Menos mal que se apartó usted a tiempo. Yo estuve a punto de intervenir, pero preferí reservarme por ser una chica nueva; necesitaba conocerla un poco mejor.

Norton rio apuradamente.

—Vistas esas circunstancias, ¿qué más puedo decirle? —musitó—. El caso es que, como padrastro suyo, me siento responsable de la muchacha. Y, créame, lo que he creído husmear aquí me ha intranquilizado.

—¿Pretende retirarla? —preguntó la señora Minton con su frialdad habitual.

—Pues...

—Me temo que ahora la policía no lo permitirá. Están haciendo una investigación y querrán tener a todas las chicas aquí hasta que las pesquisas terminen.

—Lo comprendo. En fin, yo sólo deseo tener la seguridad de que a Cintia no le ha ocurrido nada.

—¿Qué le había de ocurrir? ¿Quiere verla? Si desea convencerse de que está bien, no hay inconveniente.

—No, no... Basta con que usted me lo garantice. Si Cintia se encuentra bien, yo no tengo nada más que hacer aquí. Pero espero que no se moleste si vuelvo, señora Minton.

—No me molestaré; es usted muy libre de hacerlo.

—Perdone también que haya venido a esta hora. Yo..., yo me sentía nervioso, ¿sabe?

Y besó la mano de la señora Minton, que seguía sonriendo de una forma distanciante y lejana. Luego Norton salió. Daba la sensación de estar más aturdido a cada momento que pasaba.

Cuando quedó sola de nuevo en el despacho, Adela Minton buscó nerviosamente un número de teléfono.

La conexión desde Lapinke Manor con el centro de Londres era automática. Y ella llamaba justamente al centro de Londres, al sitio donde vivía Peter Curtís, en la elegante Regents Street.

No sabía si el teléfono estaba interferido.

Probablemente sí.

Pero estaba dispuesta a correr ese riesgo, porque no podía soportar ya más aquella tensión dramática.

El timbre sonó al otro lado del hilo.

Ella esperó expectante.

Lo que quería decirle a Peter era muy sencillo: «Basta ya. Todo esto no tiene sentido. No cuentes más conmigo de ahora en adelante. No cuentes para nada, para nada, para nada...»

Estaba tan excitada que se repetía las palabras así misma.

Al fin descolgaron el teléfono al otro lado del hilo.

Peter...

Pero no era Peter Curtís.

Una voz femenina, una voz ronca de mujer que ha estado bebiendo durante toda la noche, le contestó bruscamente :

—Peter no está. Yo le he estado aguantando durante toda la noche. Me ha engañado como a una principiante, el muy idiota. ¿Sabe usted dónde para, abuelita? ¿Lo sabe...?

Y la otra colgó.

Adela Minton sentía frío en los huesos. Peter Curtís no había pasado la noche anterior en Londres, a pesar de que le aguardaba una mujer. Pero entonces, ¿dónde...?

Claro que había algo que también la hubiera sublevado en otras circunstancias. En la voz que acababa de oír, había reconocido la de una pupila de Lapinke Manor que salió de allí dos semanas antes. Una que, según decían sus compañeras, tenía las mejores piernas de Londres.

Pero eso, ¿qué le importaba ahora?

Adela Minton avanzó hacia la ventana insensiblemente, casi sin rozar el suelo, como si fuera una sombra.

CAPITULO XIII

Había sonado el toque de revista. Aquello era como una cuartel. Las muchachas la Lapinke Manor sabían que debían tener su cama hecha, sus ropas personales en orden, y sus armarios limpios. Ellas mismas tenían que estar aseadas y presentables en grado sumo.

No todos los armarios eran revisados, naturalmente, porque eso hubiera ocupado demasiado tiempo.

Pero cuatro o cinco sí.

Y aquella mañana seguía estando de servicio la señorita Petterson, que no perdonaba un detalle nunca.

Desde la puerta exigió:

—¡Todas juntas a sus camas! ¡Y quietas!

Las muchachas miraban con horror las dos camas vacías, dándose cuenta de que algo terrible había ocurrido a Priscille y a Celine. Aunque nada sabían aún oficialmente, sentían que se les helaba la sangre en las venas.

De todos modos permanecieron muy quietas.

La señorita Petterson continuó:

—¡Hoy registraré sólo tres armarios! ¡Los de Nancy, Jezabel y Mina! ¡Adelante un paso las tres!

Mina bisbiseó a su compañera de cama:

—Isabel...

—¿Qué?

—Hazme un favor. ¡Rápido!

—Tú dirás.

—Tengo en mi armario una pintura enrollada, escóndela mientras yo doy un paso al frente.

—Bien.

Y Mina se adelantó para demostrar que no tocaba nada de su armario, mientras su compañera, que era pequeña y ratonil, se apoderaba del lienzo y lo hacía desaparecer entre los pliegues de su bata.

La señorita Petterson, con su cara de perro habitual, lo examinó todo cuidadosamente.

No encontró nada que le llamara la atención.

Dijo con rabia:

—Venga al comedor, Mina. Lo preparará todo para el desayuno de sus compañeras.

—Perdone, pero no me tocaba hoy a mí.

—¡He dicho que venga!

Mina dirigió una mirada relampagueante a Isabel, su compañera.

Con eso quería indicarle que guardase la pintura. La otra le entendió

perfectamente.

Luego las muchachas se dispersaron.

Aún les quedaba media hora hasta que el desayuno estuviera listo. La mayor parte de ellas se dedicaron a preparar el trabajo del día. Otras se dispersaron y algunas trataron de salir al jardín, para encontrarse con la sorpresa de que la policía lo acordonaba todo, en especial hacia la parte del garaje.

¿Qué había sucedido?

Esa pregunta no se la hizo Isabel, que lo único que quería era ver el lienzo que le había hecho ocultar su amiga Mina.

Ella no salió al jardín.

Ella, por el contrario, buscó un sitio oculto donde poder ver el cuadro sin que la molestasen.

El sitio más oculto que conocía a aquella hora era el almacén de libros del piso superior, contiguo a la biblioteca. Se trataba de una habitación enorme y siempre llena de polvo, donde docenas y docenas de volúmenes esperaban a ser clasificados y fichados antes de pasar a las estanterías definitivamente. Allí sólo trabajaban por la tarde unas cuantas muchachas. Durante la mañana el local estaba vacío.

Isabel entró y cerró la puerta.

No había allí ventanas. Una luz central, cruda, llegaba desde la gran cristalera de tapas verdes, amarillas, rojas, sobre las estanterías llenas de polvo y las fichas sin rellenar, el silencio era tan denso que parecía poder ser cortado como un pedazo de gelatina.

La muchacha deshizo el rollo y puso la tela pintada ante sus ojos.

¿Qué era aquello? ¿Unas plantas? ¿Y el rostro que se veía entre ellas?
¿Qué significaba...?

Isabel estaba absorta.

No acababa de entenderlo bien.

Y de pronto le pareció oír un ruido a su espalda.

Como un chasquido.

Se sobresaltó.

Ella había pensado que estaba sola...

Pero tenía que haber sido un ratón. En la casa los había, y especialmente en el almacén de libros. Sí, tenía que haber sido un ratón...

Aunque en seguida el chasquido se reprodujo.

Isabel sintió que nacían unas gotitas de sudor en sus sienes.

¡Pero qué tontería! ¿De qué iba a tener miedo?

Volvió la cabeza,

Muy poco a poco. Le parecía que sus huesos habían aumentado de tamaño y que sus músculos no le obedecían.

Y entonces lo vio.

Era el rostro.

¡El rostro estaba allí! ¡El mismo del cuadro!

Isabel se estremeció porque supo leer su propia muerte en aquella sonrisa torcida, en aquellos ojos satánicos.

Quiso gritar.

Y arrojó el cuadro al suelo como si adivinara que la buscaban por eso, que solo por aquello querían matarla.

Una especie de murmullo partió de su garganta.

No podía gritar.

El cuchillo avanzó en zigzag, cortándole el camino, mientras Isabel trataba de saltar hacia la derecha.

Fue ella misma la que pareció ir al encuentro del arma blanca. Ella se puso en su camino. La mano asesina no necesitó más que alzarse un poco para encontrar su tibio y largo cuello.

La cuchillada fue certera, atroz. Isabel vio su propia imagen, como borrosa y desteñida por la sangre, en un pequeño espejo que había al fondo de la sala.

Todo giró en torno suyo.

Los muebles, los libros, la gran claraboya del techo...

El cuchillo cayó otra vez. Ahora los ojos de Isabel se nublaron para siempre. Ahora sólo pudo barbotar:

—So... co... rro...

Creyó que había gritado con voz potente, creyó que aquello se oiría en todos los rincones de Lapinke Manor.

Pero apenas fue un susurro.

—So... co... rro...

Luego nada.

Luego el silencio irreal, el silencio alucinante de la muerte.

* * *

El rostro se inclinó sobre el cuadro donde estaba reproducido. Ya lo tenía al fin. Por aquella maldita pintura había matado, había corrido peligros que al principio nunca creyó que fuera a correr. Pero ya estaba. Ahora podía destruirlo.

Pasó por encima del cadáver de Isabel y recogió el lienzo.

Un espeso hilo de sangre corría por las baldosas, manchando las pilas de libros que estaban en el suelo. Las manos tocaron el cuadro.

La llamita de un fósforo rasgó la penumbra. Pronto la tela no fue más que un montoncito de cenizas. Los ojos estuvieron fijos en las llamas hasta que éstas se extinguieron por sí solas, porque ya no había nada para destruir.

En aquellos ojos había una gran placidez.

Ya estaba anulado el peligro.

Pero de pronto los ojos brillaron nuevamente.

Con un brillo casi satánico.

No. El peligro aún existía.

Al menos otra chica había visto el cuadro. Una chica que podía describir lo que estaba reproducido en él, y que desde luego sería capaz de identificar el rostro.

Las manos se abrieron y cerraron dos veces.

El puñal aún estaba clavado en la garganta de Isabel. Una mano lo desclavó de golpe.

Iba a necesitarlo otra vez.

Y la sangre que empapaba la hoja de acero fue limpiada sobre las propias ropas de la muerta.

CAPITULO XIV

La noche había caído otra vez sobre Lapinke Manor.

Allí el tiempo era como una cosa irreal. Pasaba sin que las muchachas llegaran a darse cuenta. Todos los días eran iguales a sí mismos, todos empezaban de la misma manera, todos terminaban de la misma forma también, por la mañana lista:

—Mina...

—Jezabel...

—Olga...

Por la noche lista otra vez. Y otra vez los nombres monótonos y la voz monótona:

—Mona...

—Jezabel...

—Olga...

Pero aquella noche parecía distinta. Aquella noche las recluidas en Lapinke Manor, mientras miraban los cristales emplomados del dormitorio, pensaban qué muchas cosas estaban cambiando allí. Durante todo el día habían observado un ajetreo inesperado; habían observado también que el edificio se llenaba de policías, los cuales no hacían ahora ningún esfuerzo para disimular su presencia.

Mina miraba el lecho vacío de su izquierda.

Una especie de rabia secreta anidaba en su interior. Tenía los dedos contraídos y la boca seca.

La señorita Petterson siempre estaba de servicio. Parecía no querer irse nunca.

Y aquella noche, al pasar lista, había omitido algunos nombres. Había omitido los de las muchachas desaparecidas antes. Y también el de Isabel.

Mina dijo con voz ronca:

—Quiero hacerle una pregunta, señorita.

La Petterson la miró con expresión helada.

—Usted no tiene derecho a preguntar nada, amiga mía. De modo que cállese.

—No me callo.

La señorita Petterson alzó la barbilla en actitud desafiante. Sus ojos grises brillaron con expresión dañina.

—¿Qué trata de insinuar? ¿Falta usted a la disciplina? ¿Qué quiere? ¿Estar encerrada una semana entera?

—Sólo quiero saber dónde está Isabel.

La Petterson tragó saliva con una brusca contracción de garganta.

—Está enferma.

—¡Mentira! He pasado antes por la enfermería y no la he visto allí. En

cambio he visto una ambulancia parada en la puerta de servicio.

—Justo —dijo la señora Petterson—. Eso es lo que he querido decir. Se la han llevado en una ambulancia.

—¿Muerta?

La celadora tragó saliva otra vez, ante lo imprevisto de la pregunta, no contestó.

En sus facciones había aparecido un sudor frío y espeso que hacía brillar su piel.

—Comprendo que ustedes tienen por misión no alarmarnos, señorita Petterson —dijo Mina, con voz más calmada—. Comprendo que le han dado la consigna de simular que aquí no pasa nada absolutamente. Pero las que estamos en Lapinke Manor también somos seres humanos. Tenemos derecho a saber lo que ha sido de nuestras compañeras y lo que podría ser de nosotras.

La señorita Petterson cerró un momento los ojos.

Se notaba que estaba sufriendo, que luchaba con un terrible problema de conciencia.

Al fin musitó:

—Lo único que estoy autorizada a decirles es que no podrán salir del dormitorio. Todo está cerrado con llave. Ninguna de ustedes podrá ser vista en los pasillos.

—¿Es que corremos peligro? —insistió Mina.

—Es posible que sí.

Matty, una gordinflona que estaba muy preocupada por los problemas de su vientre, murmuró:

—¿Y si una de nosotras tiene una necesidad durante la noche? ¿Qué pasa? Los dormitorios no comunican con los lavabos. Hay que salir al pasillo.

—No había pensado en eso —dijo la señorita Petterson—. Está bien podrán salir al pasillo si es necesario, pero las puertas que comunican el pasillo a un lado y al otro, estarán cerradas.

Y se marchó. No quiso dar más explicaciones. Cerró de un brusco golpetazo.

Entre las muchachas de Lapinke Manor se levantaron una serie de sordos murmullos.

Todas estaban nerviosas, excitadas.

No sabían con seguridad lo que ocurría, porque nada les habían explicado. Pero la ausencia de varias de sus compañeras y la presencia masiva de la policía eran datos más que suficientes para temer lo peor.

Cintia se sentó pesadamente en la cama de Mina.

Cintia era una de las muchachas más agresivas que últimamente habían entrado en Lapinke Manor. Desafiaba a todo el mundo y se negaba a obedecer las órdenes que le eran dadas. Se decía que la había traído un

hombre llamado Norton y que ese hombre era rico, pero que no se trataba de su padre.

Las noticias corrían muy deprisa allí.

Y la más leve pista bastaba para que las muchachas conocieran toda la historia.

Cintia balbució:

—Yo estoy segura de que a Isabel también la han matado.

—¿Cómo lo sabes? ¿En qué te fundas?

—Durante un año estuve en un colegio que se hallaba cerca de la Morgue de Londres. Reconozco que en las clases no estudiaba nada. Por una grieta de los cristales emplomados me dedicaba a contar las ambulancias que entraban y salían, cada una con su fiambre. Las llegué a conocer todas, y en especial sus números de matrícula. Bueno, ¿quieres que te diga una cosa? La ambulancia que estaba parada hoy en Lapinke Manor era una de ellas.

—¿Crees que son las mismas que trasladan a los enfermos o a los heridos?

—No, no son las mismas. A ésas las reconocería entre cien, y por supuesto la he reconocido.

Mina palideció.

—¿Entonces crees que a Isabel...?

—Sí, estoy segura de que la han matado. Han debido descubrir su cadáver y esta tarde se lo llevarán. Naturalmente, no nos han dicho una palabra de eso.

Mina se clavó las uñas en las palmas de las manos sin darse cuenta. Sus labios temblaban, durante unos momentos fue absolutamente incapaz de hablar.

—Es monstruoso... —musitó—. ¡Y no nos pueden ocultar eso! ¡No hay derecho a que nos traten como si fuéramos unas niñas.

—Somos algo peor: somos unas presidiarías. Pero he oído decir algo más. Dos policías lo contaban mientras yo pasaba junto a ellos. Van a evacuar Lapinke Manor y cerrar esta casa.

—¿Cuándo?

—Eso no lo sé, pero supongo que será pronto. La situación no puede seguir así.

Mina se mordió el labio inferior.

En sus ojos hubo un fulgor peligroso, un fulgor que dejó atónita e inquieta a Cintia.

¿Qué significaba aquel fulgor tan extraño? ¿Qué había en los ojos de Mina.

¿Quién era Mina realmente?

De una forma brusca, instintiva, de una forma que no sabía explicarse, Cintia llegó a la conclusión íntima de que Mina... sabía lo que era matar.

Pero aquella sensación desapareció.

Tan bruscamente como había venido.

Los labios de Mina se distendieron en una sonrisa que pareció encantadora y que borraba de golpe aquella expresión asesina que antes había brillado en sus ojos.

Murmuró con voz tensa:

—He de averiguar lo que le ha ocurrido a Isabel.

—¿Y cómo tratas de hacerlo?

—No lo sé, pero lo averiguaré de algún modo. Si realmente la han matado, en el suelo de la habitación donde la encontraron está dibujada aún la forma que ocupaba su cuerpo. No sólo lo he visto en las películas, sino que un policía, amigo mío, me explicó que realmente lo hacían así. Tengo que saber si está muerta. Tengo que saber si han dibujado su pobre cuerpo en el suelo.

Cintia bisbiseó:

—¿Pero cómo vas a lograrlo?

—Registraré todo Lapinke Manor si hace falta.

—No podrás. Las puertas están cerradas.

—Cuento con tu ayuda.

—¿Qué he de hacer?

—Ayudarme a salir por la ventana y empujarme hasta el piso de arriba. Tengo fuerzas en los brazos; yo haré el resto. Estoy segura de que arriba no han cerrado ninguna puerta.

—Bien.

—Si quieres, yo tiraré luego de ti para que puedas subir conmigo.

Los ojos de Cintia brillaron también.

Siempre le había gustado la aventura. La encantaba hacer justamente lo que estaba prohibido.

—De acuerdo; vamos.

—Saldremos por la ventana de los lavabos, para que no nos vean las otras.

Salieron las dos juntas. Las puertas de derecha e izquierda de los pasillos estaban cerradas, como había dicho la señorita Petterson. Pero Mina tenía otros medios para salir, puesto que conocía Lapinke Manor como la palma de su mano.

Llegaron a los lavabos.

Las cámaras de televisión las captaron un momento. En la emisora móvil como un aviso:

—¡Eh! Ahí van ésas dos...!

Pero las cámaras las perdieron un instante después. Cintia y Mina no supieron que habían sido captadas y que ahora ya volvían a estar fuera del alcance de los objetivos. Se dirigieron a una ventana no muy grande, pero por la que podían pasar sus cuerpos.

—¡Arriba!

Las dos eran ágiles y estaban dispuestas a todo. Primero pasó Mina, a la que su compañera impulsó con todas sus fuerzas. Mina empujó la ventana del piso superior, que estaba abierta, y tuvo así acceso a un largo y oscuro pasillo que se encontraba cerca de la biblioteca. Cintia bisbiseó desde abajo:

—Eh, tú... ¡Ahora, ayúdame!

Dos manos se tendieron desde el piso superior.

Cintia se sujetó a ellas y fue alzada. Era increíble la fuerza que tenía Mina. Eran pasmosas sus energías y aquella especie de salvajismo que manaba de ella.

Las dos se encontraron pronto muy cerca de la biblioteca.

La oscuridad era casi total.

Sólo unas leves lucecitas amarillas iluminaban a trechos el pasillo que parecía interminable.

Cintia balbució:

—¿Qué hacemos ahora?

Mina pareció haberse trazado un plan.

—Tú no lo sabes bien aún —dijo—, pero aquí hay ocho habitaciones muy grandes. Las principales son la biblioteca y el almacén de libros por calificar. ¿Qué has de hacer? Yo te lo explicaré. Cada una de nosotras ha de registrar cuatro de esas habitaciones. Tú las de la derecha; yo las de la izquierda. Nos reuniremos dentro de quince minutos en este mismo sitio.

—¿Habrás policías en este piso?

—No lo creo. Todos están rodeando el edificio, pero dentro no se han metido apenas. Yo supongo que no quieren que nosotras nos demos cuenta de las cosas que ocurren.

Y le indicó una de las puertas.

Cintia sabía que aquella correspondía a la biblioteca.

Se separaron.

La oscuridad se las tragó. Las luces amarillas del pasillo parecieron hacerse pequeñas, remotas, siniestras...

CAPITULO XV

La puerta chirrió al abrirse.

Cintia sentía como un temblor en la piel y un frío extraño que le llegaba hasta los huesos. Pero no vaciló. Sabía que Mina estaba cerca y que en todo caso ésta la protegería. Además, ¿qué iba a ocurrir?

Las mesas de la biblioteca aparecían vacías.

Sólo unas lucecitas aquí y allá.

También unas extrañas luces amarillas.

Los estantes repletos de libros parecían las paredes tras las cuales empezara el más allá. La muchacha avanzó mientras oía el rumor quedo de sus propios pasos. Cada vez que expulsaba el aire un extraño y quedo silbido partía de su nariz.

Estaba ansiosa y no se daba cuenta.

Al fin se convenció de que en la biblioteca no había nadie.

Todo estaba tranquilo, silencioso.

Siguió adelante.

Otro crujido, otra puerta que se abre.

Y la oscuridad...

Aquella oscuridad caliente, espesa que lo llenaba todo, pero que le permitía ver las pilas de libros en el suelo del almacén, la claraboya del techo y..., y algo más.

¡Un cuerpo humano dibujado con tiza en el suelo!

¡La posición que poco antes había ocupado un cadáver!

Cintia se hubo de llevar las manos a la garganta mientras que el aire se agolpaba allí, en su laringe, como si hubiera formado una bola. Notó que todo daba vueltas. Hizo un esfuerzo terrible para serenarse, dar media vuelta y huir.

Pero le ocurría lo mismo que le había ocurrido a Isabel aquella mañana.

Sus huesos parecían haber aumentado de tamaño.

Y crujían a cada movimiento.

Sintiendo que cada vez le era más difícil respirar, logró dar media vuelta y salir del almacén de libros. Otra vez crujió la puerta de la biblioteca. Otra vez se enfrentó a las paredes repletas de libros, que parecían los umbrales del más allá.

Sobre cada mesa había una lámpara.

Todas las lámparas estaban apagadas, silenciosas, muertas.

Y de pronto vivieron.

¡De pronto se encendieron todas a la vez!

¡Y bajo el cono de luz de una de ellas, la que estaba más cerca, aparecieron dos manos enguantadas de negro!

Cintia se apoyó en la pared.

Sentía que no podía andar, que le faltaban la respiración y las fuerzas, ni siquiera podía gritar.

¿De qué le serviría gritar?

Sobre las manos, a la luz casi irreal de las pantallas había aparecido un rostro.

Y aquel rostro ella lo conocía.

¿La señora Minton?

¿Peter Curtis?

¿Bruce?

¿Tal vez Mina...?

No. Ella lo conocía mejor. Mucho mejor que todos aquellos rostros que en fracciones de segundo acababa de recordar.

Porque ante ella tenía la cara del hombre que la había traído hasta allí. Ante ella tenía la cara de... ¡Norton!

Norton preguntó con un soplo de voz:

—¿Sorprendida Cintia?

Cintia sintió que tenía la lengua paralizada, pegada al paladar. Apenas pudo decir:

—No sabía... que estuvieras aquí...

—Cierto. No lo sabe nadie. Y no creas que ha sido tan difícil ocultarse durante tres días en este caserón enorme, lleno de lugares que nadie vigila ni frecuenta, para asearme y beber agua he dispuesto de un par de cuartos de baño abandonados de las buhardillas, y para alimentarme he utilizado píldoras de gran poder energético. Dormir tampoco ha sido problema. Tres días se pasan de cualquier manera muñeca... Sobre todo cuando uno se juega tanto.

—¿Qué es lo que te juegas?

Norton rio silenciosamente.

—La fortuna de tu madre. Es decir, la fortuna que podría haber sido tuya algún día, Cintia.

Ella sintió que no podía hablar. La voz se le ahogaba. Hubo de hacer un esfuerzo casi definitivo para modular unas pocas palabras.

—¿Te has casado en secreto con ella? —musitó.

—Si. Se lo hube de decir a la señora Minton cuando me encontré merodeando por Lapinke Manor y tuve que justificar mi presencia de algún modo. Y ahora te lo digo a ti, porque al menos quiero que sepas por qué vas a morir. Y por qué han muerto las otras.

Con voz helada, con una voz que atravesó como una aguja el cerebro de Cintia, continuó:

—No a todas las muchachas las he matado yo, sin embargo. Yo sólo maté a una idiota que me pintó cuando estaba oculto en el parque, y a las otras que vieron la pintura y pudieron identificarme. Pero hay algún crimen que yo no he cometido. Eso indica que hay otras manos en Lapinke Manor, muñeca. ¿Pero qué importa? ¿En qué nos afecta eso a ti y a mí? Mejor que haya otro culpable. A él le atribuirán los crímenes cuando tú te hayas ido de este mundo. Yo, oficialmente, he estado fuera de aquí. Incluso tengo contratados unos cuantos «testigos» que asegurarán que he pasado con ellos estos días, en el centro de Londres. Y luego ya me ocuparé de tu madre. Eso será más tarde, desaparecida tú, su primera heredera, sólo me ocuparé de ella cuando me haga falta gastar de verdad su fortuna...

Y avanzó hacia Cintia.

Sus manos enguantadas parecieron multiplicarse cien veces a la luz irreal de todas aquellas lámparas encendidas.

Cintia retrocedió.

O, mejor dicho, fue a retroceder.

No pudo.

Norton no había necesitado dar la vuelta a la mesa para caer sobre ella. Norton demostró que, entre sus habilidades, figuraba la de ser un perfecto lanzador de cuchillos. La hoja de acero brincó por los aires cómo un relámpago, antes de que Cintia pudiera evitarlo. Sintió frío en el estómago, en los huesos. Vio con horror el mango sobresalir de su piel, mientras el resto quedaba hundido profundamente en su cuerpo.

Pudo emitir una especie de estertor.

Sólo eso.

Mientras tanto, Norton había dado velozmente la vuelta a la mesa. Desclavó el arma y la volvió a clavar.

Esta vez Cintia no pudo ni exhalar un gemido.

Cayó a tierra, suavemente...

Como una muñeca rota.

* * *

Norton desclavó el cuchillo silenciosamente.

Lo limpió en las ropas de la muerta, como había hecho otras veces, y fue a salir. Ahora ya nada le retenía allí. Existía el riesgo de que alguna otra de las muchachas hubiera visto el cuadro que él arrebató a Isabel, pero como ya no quedaban pruebas, su riesgo era sólo relativo. Ahora ya había conseguido el gran objetivo que le llevó hasta allí. Ahora lo más importante era salir cuanto antes de Lapinke Manor.

Avanzó hacia la puerta.

Se movía en silencio, como un gigantesco gato.

Y también como un gigantesco gato saltó aquella figura humana sobre él. También como un gigantesco gato le enlazó y le hizo rodar por el suelo. Como un gigantesco gato le envió su aliento mortal, helado...

* * *

Mientras trataba de desembarazarse de él y mientras ambos daban rápidas vueltas sobre el suelo de *parquet*, Norton se dio cuenta de que no conocía a aquel hombre. Era joven, de cabellos rubios y ojos azules. Seguro que no lo había visto jamás. Pero tenía la fuerza de un toro y le apretaba el cuello para desnucarle con la habilidad de un auténtico asesino, con esa habilidad con que los comandos liquidaban a los centinelas en la guerra.

Norton lanzó un gorgoteo desesperado.

Sentía que se ahogaba.

Logró extraer el cuchillo, que había guardado antes, y lanzó con él un salvaje golpe que buscaba el cuello de su enemigo.

Pero éste era demasiado hábil. No se dejó sorprender, mientras con una mano inmovilizaba la derecha de Norton, con la otra le apretaba el cuello. Le apretaba con tal fuerza, valiéndose sólo de dos dedos que parecían hechos de acero, que los ojos de Norton blanquearon y su boca se abrió espantosamente, mientras por ella escapaba una espuma roja.

Desencajado, sintiendo la angustia de la muerte, logró balbucir:

—Me... me entrego... Por... por favor... No... no apriete más...

—Suelta ese cuchillo, perro.

Norton abrió la mano derecha. Lo soltó.

Pero el otro no dejó de apretar. En sus ojos brillaban un fulgor asesino. Durante unos instantes pareció dudar ante cumplir con su deber o hacer el trabajo del verdugo y dejarlo seco allí mismo.

Al fin aflojó la presión un poco más mientras balbucía:

—Soy el inspector Bruce Connor, de Scotland Yard. Me introduje aquí fingiendo ser un atracador perseguido por la policía, y provisto de todos los elementos falsos para desorientar a cualquiera. Hasta mi herida era falsa. Intenté evitar los crímenes desde el interior de Lapinke Manor, mientras la policía vigilaba por fuera, pero desgraciadamente, esto es demasiado grande para que yo pudiera estar en todas partes, teniendo que ocultarme además a los ojos de todos los que no fueran policías, por desgracia he llegado un par de minutos tarde para evitar este asqueroso crimen, pero no habrá ninguno más, Norton. Tus cochinas aventuras han terminado. Dentro de poco te estarás pudriendo en una celda, y lo que lamento es que no te hagan bailar al extremo de una cuerda...

Norton gorgoteó.

Sabía que aquello era el fin de todo.

Pero al menos quería que le dejaran vivir, vivir...

Con un soplo de voz bisbiseó:

—Por favor, suel..., suélteme...

Bruce le soltó. En su derecha había aparecido una «Brownin», de cañón corto.

—En pie —dijo—. Con las manos en la nuca. Avanza hacia la puerta y apóyate en ella.

Iba a registrarle, Norton sintió que un sudor helado resbalaba por su cara y moría en las comisuras de sus labios.

Fue a apoyarse en la puerta.

Y de pronto ésta se abrió.

¡De pronto Mina, que buscaba a su compañera, apareció en el umbral!

La reacción de Norton instantánea. Dio un salto felino, girando sobre sí mismo. Aquella era su última oportunidad y la aprovechó. Cuando Bruce fue a disparar, él ya estaba protegido detrás de Mina y ya le medio clavaba en los riñones el estilete que había sacado de uno de sus bolsillos.

—Suelta la pistola, Bruce... —jadeó. Suelta la pistola o la mato a ella...

Bruce se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre. Bruce lanzó una salvaje interjección.

Pero no tenía más remedio que obedecer. Sabía que, si no lo hacía aquel cobarde mataría a la muchacha.

Soltó la pistola poco a poco.

Y ésta resonó en el suelo con el chasquido de una losa funeraria...

* * *

Norton rio quedamente. De sus labios surgió una risa leve, caliente, pastosa, que produjo unas repulsivas cosquillas en la nuca de Mina. Sin embargo, Mina no parpadeó. Sólo en sus ojos volvía a brillar aquel extraño fulgor asesino porque se había dado cuenta de la situación, porque sabía ya que Isabel estaba muerta.

Norton tiró de ella hacia atrás.

Pusieron los pies en el pasillo, fuera del umbral de la biblioteca.

Norton masculló.

—Con ella tengo la huida cubierta, Bruce. No trate de hacerse el héroe, ni trate de capturarme, porque no podrá. Si me sigue, le hundiré el estilete en los riñones a la chica. Y le prometo que sé cómo hacerlo para que ella no viva... De modo que estese quietecito ahí. Muy quietecito. Pensando en la poca distancia que hay entre la vida y la muerte... Si intenta dar la alarma, yo la mataré igualmente. Me la llevaré como rehén. No pienso soltarla hasta que esté a salvo...

El tiró de ella hacia atrás:

Los dos desaparecían en el pasillo cargado de penumbra.

Bruce no se movió porque sabía que el otro cumpliría su amenaza.

Sabía que a Norton no le importaba ya una víctima más. Permaneció quieto mientras sus nervios vibraban y mientras por su labio inferior resbalaba la sangre.

Norton retrocedió por el pasillo.

Llevaba firmemente sujeta a Mina.

Con la punta del estilete rozándole los riñones.

Mina no estaba alterada.

No temblaba siquiera.

Su voz fue helada cuando preguntó:

—¿Por dónde piensa salir?

—Por la escalera principal.

—Trate de hacerlo por la de servicio. Llegaremos antes.

Norton rio quedamente.

—¿También tú tienes interés en terminar, nena?

—Más que usted.

—Está bien. Vamos por la de servicio.

Movió un poco la izquierda para abrir la puerta. Eso le obligó a soltar un poco a Mina.

Y entonces sucedió aquello en lo que no creía ya. Entonces se produjo aquel movimiento alucinante, tan inesperado que le heló la sangre. Entonces Mina saltó. Lo hizo con la agilidad de un comando, con el entrenamiento de un asesino profesional:

Norton lanzó un gruñido.

Movió la mano derecha.

Tenía a la muchacha tan cerca que lo consiguió. Consiguió clavarle en mitad de los riñones la punta del estilete, haciendo que ella se estremeciera. Lo desclavó, y cuando Mina se volvía hacia él lo volvió a clavar, ahora en el estómago.

La sangre saltó hacia su camisa, pareció empaparle todo.

¿Pero por qué la muchacha no caía? ¿Por qué no se retiraba? Por qué, al contrario, tendía las manos hacia él y dejaba que a sus labios asomase aquella sonrisa satánica.

Norton no lo entendía.

Intentó clavar el cuchillo otra vez.

Y ya le fallaron las fuerzas.

¿Por qué se le doblaban las rodillas? ¿Por qué se le nublaba la vista? ¿Por qué sentía aquel dolor espantoso en los ojos y en la nuca?

Mina apretaba salvajemente.

Apretaba con la fuerza y con la pericia de lo que era: de la más temible asesina de Londres.

Las vértebras cervicales de Norton produjeron un crujido.

Norton aulló.

Su aullido fue inhumano, agónico, reflejó todo el dolor del mundo.

Otro crujido.

No se dio cuenta de que le volvían la cabeza hacia atrás.

Aggg... Ugggg... Ggggg...

Los ojos se le salían de las órbitas.

Su boca babeaba.

Otro crujido, y entonces su cuello se rompió. Cayó a tierra con el rostro desencajado. Y junto él, con la cara cubierta de sangre, cayó suavemente la que se hacía llamar Mina...

* * *

Cuando Bruce saltó allí, una de las puertas principales se había abierto también, apareciendo en ella Adela Minton. La directora de Lapinke Manor vio, con los ojos desencajados, como Bruce bajaba los párpados de Mina.

—¿Qué..., qué ha sucedido? —pudo barbotar.

—Que ha muerto una muchacha llamada Bettina Ravenel —dijo Bruce

con un soplo de voz—. Vamos, avise a los agentes que están fuera. Avíselos pronto... Y avise también a una chica llamada Romy. Es el único ser humano con el que ahora tengo interés en hablar...

Adela Minton, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo, que sus rodillas temblaban, salió.

Sus pasos se alejaron en el silencio de la noche.

Porque la noche aún envolvía siniestramente a Lapinke Manor.

Pero lejos, muy lejos, parecía como si se insinuara ya un distinto amanecer.

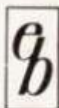
FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España